

**Salvá y Hormaechea, Melchor**

**El bimetalismo internacional : memoria leída ante  
la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas /  
por Melchor Salvá.**

Madrid : Tipografía Gutenberg, 1884.

Signatura: 23481

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

*Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente*



47

116

EL BIMETALISMO INTERNACIONAL

---

MEMORIA

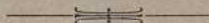
LEIDA

ANTE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

POR EL

ILMO. SR. D. MELCHOR SALVÁ

Individuo de número de la misma

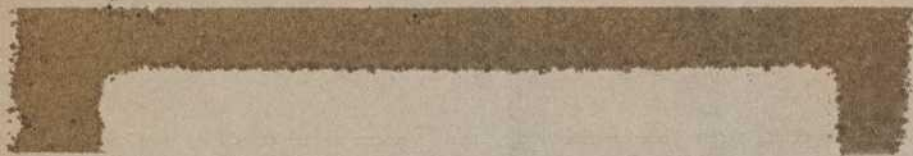


MADRID

TIPOGRAFÍA GUTENBERG

Arango, 6 (Chamberí)

1884





BANCODE ESPAÑA  
Eurosisistema

BIBLIOTECA



1 100007 944761

23481 213

23481

# EL BIMETALISMO INTERNACIONAL

## MEMORIA

LEIDA

ANTE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

POR EL

ILMO. SR. D. MELCHOR SALVÁ

Individuo de número de la misma



MADRID

TIPOGRAFÍA GUTENBERG

Arango, 6 (Chamberí)

1884



## EL BIMETALISMO INTERNACIONAL

---

La nueva conferencia monetaria por M. Victor Bonnet. — El bimetalismo internacional por M. de Laveleye. — (Sesiones y trabajos de la Academia de ciencias morales y políticas de Francia. — Tomo XV. 1881. Núm. 6.º, págs. 800 y 873.)

En el primero de estos trabajos, Mr. Bonnet escribe que el Gobierno francés se proponía reunir una conferencia internacional para dar favor nuevamente á la plata; que ya en 1878 se había concebido el mismo proyecto con motivo de la Exposición universal celebrada en dicho año. En aquella ocasión los americanos, á quienes causaban embarazo los productos de sus minas del precitado metal, deseaban hallar en Europa mercados importantes para darles salida; pero después de congregarse los delegados de las varias potencias y de discutir durante muchos días, notaron las dificultades que ofrece acuñar la plata, y se limitaron á expresar el platónico deseo de que se conservase el sistema del doble tipo, quedando las cosas en tal estado. Los americanos fabricaron sus monedas de plata, tomando por base la relación de 1 á 16 respecto del oro, sin que á pesar de esta tasa les fuese posible conseguir que circularan; los alemanes perseveraron en mantener el tipo del oro, que adoptaron en 1872; no de otra suerte procedieron los ingleses, y, por lo que hace á la Francia, observa Mr. Bonnet que no derogó la prohibición de hacer monedas de aquel producto, por más que siguiese siendo fiel al principio del doble regulador.

Sería muy grave, después de fijar la relación legal entre las monedas de oro y de plata, aplicar ó exigir el cumplimiento de esta ley, y abrir las puertas de las casas de moneda á la fa-



bricacion ilimitada de la moneda blanca. Se quiere hacer una tentativa del mismo género, y, por lo que concierne á aquélla, á la de los reyes que no tuvieron exscrúpulo de modificar el título ó el peso de las monedas, y de declarar que su valor continuaba siendo el mismo. Ese metal noble pierde 15 por 100 en los cambios comerciales, porque el público no lo quiere como moneda principal, y se pretende, sin embargo, volver á darle el valor que tuvo en otro tiempo, mas sin que esto sea la obra de un solo príncipe, porque su accion, siendo aislada, no tendría influencia en lo exterior, sino que constituya la resolucion de todos los pueblos reunidos en un congreso; se intenta decidir que sólo por error la plata ha perdido parte de su antiguo precio, y que debe estar siempre en la relacion de 1 á  $15\frac{1}{2}$  respecto al oro, y se supone que despues de haber adoptado este acuerdo quedará el problema resuelto. Pero hé aquí que si los pueblos se desvían de la moneda de plata á ese precio de  $15\frac{1}{2}$ , y si prefieren el metal amarillo, no hemos de exigir por la fuerza que tomen la primera; es el mismo caso que si nos reuniésemos para acordar que las diligencias valen siempre lo mismo que los trenes de un camino de hierro, y que yerra el que no se sirve de los unos como de los otros: el público, sin parar mientes en semejante acuerdo, continuaria subiendo al estribo de los wagones y mirando de través los carruajes de posta.

Mas imaginemos por un momento que en virtud de una convencion internacional vuelva á entrar la plata en la circulacion: el otro metal será arrojado de ella, obtendrá una prima, será exportado al extranjero, ó se ocultará. La circulacion será toda de plata con los inconvenientes anexos á la misma. Á pesar de todas las medidas que discurriésemos, la moneda valdrá poco, y el precio de los productos se regulará en armonía con esa baja, esto es, se elevará como siempre que muestran nuestras manos un instrumento de los cambios que ha desmerecido en su valor. El oro ¿permanecerá, como hasta aquí, dueño de la circulacion, á causa de la utilidad que en él se contiene? En este supuesto, la plata se acumulará en los bancos, en donde será inútil, como ahora acontece.



Es imposible que no suceda una de las dos cosas. Si el oro queda en el mercado, desaparece la plata, y si prevalece la plata, desaparece el oro. Imaginar que es posible mantener el cambio de las mercancías por los dos metales al mismo tiempo, es una quimera que no se ha realizado en época alguna, ni aún en aquella en que valían poco mas ó ménos lo que señalaba la ley. ¿Se figura alguno que por el talisman de la conferencia se va á verificar una reforma, y que vamos á tener como instrumento del trueque de valores 25.000 millones de oro y 14 ó 15.000 millones de plata, que tales son las cifras totales en que se evalúa cada uno de estos dos metales?

Concebimos que haya 25.000 millones de oro con algunos miles de millones de plata para ajuste de cuentas ó para las fracciones de los pagos, ó 15.000 millones de plata solamente, pero no 40.000 millones á un mismo tiempo. Además fuera enojoso que sucediera una cosa diversa, porque si en virtud de una decision de la conferencia, llegase á existir una circulacion metálica de 40.000 millones, cuando puede ser bastante la de 25 ó 30, resultaría una perturbacion profunda de las relaciones económicas. El precio de todos los bienes se elevaría de una manera notable: todo el mundo sabe que este precio hállase en armonía generalmente con la mayor ó menor abundancia de los metales preciosos. Cuanto más abundan estos, sobre todo si el incremento es súbito, más se alzan los precios. Hase notado este hecho en todas las épocas; en el siglo xvi, despues del descubrimiento de las minas de plata de Méjico, y hace poco, en esta misma centuria, despues de la explotacion de los placeres de oro de la California y de la Australia, y si hoy, trascurrido un cierto número de años, el precio de las mercancías tiende á tener fijeza relativamente á las monedas, esto depende, gran parte, de que el oro ha reemplazado á la plata en la circulacion; no paramos mientes más que en el primero, á lo ménos para hacer los pagos de grande entidad en los países en que florece el comercio, en Francia, en Inglaterra, en los Estados-Unidos, en Alemania; la segunda ha quedado reducida á una moneda para satisfacer fracciones de las cuentas. Mas lo



repito — continúa Mr. Bonnet: — es imposible restablecer el uso de las monedas de plata corriendo parejas con las de oro, y si se volviesen á abrir las casas de moneda para acuñar el primer metal, sustituiría al segundo. El deudor escogería para cumplir su obligacion el metal que tuviere ménos valor relativo y éste sería la plata.

Pero dirán algunos: ¿qué haremos del oro? Lo que hacíamos cuando ganaba una prima sobre la plata, y cuando ésta permanecía sola en la circulacion. Bajo el gobierno de Luis Felipe I, *vr. gr.*, de seguro que había en Francia 1.000 millones de oro, y, sin embargo, estaba en casa de los cambiantes ó escondido en los hogares, y se compraba con prima cuando se quería usar. Las cosas tornarían á pasar del mismo modo; y como el número de los que podrían hoy guardarlo y atesorar sería mucho más considerable que en otro tiempo, en virtud del desarrollo de la riqueza, desaparecieran los 25.000 millones de este metal que hay acuñados, y nos quedaríamos con sola la plata. ¿Y qué pasaría en este supuesto? El público ¿se avendría al renovado uso de esa moneda incómoda? ¿Viera reaparecer sin ceño y sin disgusto aquellos grandes y repletos sacos de escudos, bajo cuyo peso gemían los robustos mozos de los Bancos y hasta los particulares? No lo creemos probable: al contrario, surgieran tales reclamaciones que fuera preciso atenderlas, costase lo que costase, y costaría muy caro.

Se formula tambien una objecion de muy diversa índole, á saber: que no se trata de que la moneda de plata vuelva á la circulacion: bastaría que las piezas de cinco francos se quedasen en el Banco de Francia, y en otras partes en las cajas públicas, y que se las representase por medio de billetes al portador: la moneda fiduciaria pudiera servir casi exclusivamente para el servicio de la circulacion; se fabricarían billetes de 20, de 10 y de 5 francos como en los países de curso forzoso. Es dable adivinar lo que sucedería: unos billetes perderían parte de su precio, puesto que tendrían por base un metal que por mas medidas que se tomen, carecerá de su valor total, y además porque se extenderían más allá del límite que indicáran las necesidades, es



decir, más allá de la proporción que ha de existir entre los instrumentos de cambio y las transacciones. Ahora, cuando la moneda que circula es de oro y los billetes se reembolsan en este metal, no es hacedero aprovecharse con exceso del papel que emiten los Bancos, porque si se abusara y el público lo notase, acudiría al paraje en que estuvieren situados los últimos, y demandara la conversión en metálico, y se prevendría la crisis, ó por lo ménos no tendría consecuencias muy graves. Empero si el metal que debe servir de garantía á la circulación fiduciaria fuese la plata, no mostrará el público el mismo afán y diligencia por juzgar harto incómodo el numerario que había de recibir; se dejara llevar al hilo de la corriente, hasta que surgiera una crisis del exceso del papel. En ese día temeroso, los banqueros no llegarán á devolver los préstamos que en los billetes se les conceden, ni siquiera en plata; fuera menester una liquidación espantable.

En sentir de Mr. Bonnet, la cuestión presenta otro aspecto. Hasta aquí ha razonado en la hipótesis de un convenio universal, como si todas las naciones acudiesen á la conferencia y se aviniesen á fijar el valor legal de la plata con relación al oro; mas no hay que imaginar la posibilidad de una convención semejante.

La Inglaterra no prestará su asentimiento; le agradarán las medidas que se tomen para que torne á cobrar su estimación el metal que acabamos de nombrar, por causa de su mercado de las Indias; mas no esperemos que lo adopte como norma en el Reino Unido y en sus colonias de Australia y de otras partes; le conviene demasiado el talón de oro, y en este punto no hay más que una opinión al otro lado del Paso de Calais; no hay un solo ministro, un sólo hombre de Estado que se atreva á proponer el sistema de doble tipo. Adviértase que la Gran Bretaña es el mercado principal del mundo; en Lóndres se ajustan la mayor parte de las transacciones internacionales y se estipula que se paguen en libras esterlinas: esto es en oro. Si hubiese sólo en la circulación plata y el cambio fuese constantemente desfavorable, para obtener oro sería preciso dar una



prima, ganarían los cambiantes y los banqueros, y el curso del cambio se alzaría á un tanto fabuloso. La libra esterlina valdría en París 26 francos y más, lo que se convertiría en una no pequeña perturbacion comercial. Los negociantes, para indemnizarse de esta diferencia del cambio, venderian sus productos más caros, por lo cual los compradores aparecerian en menor número, y vencieran los concurrentes extranjeros. Sin profundo temor no es posible suponer ó concebir una perspectiva semejante.

Por lo que hace á Alemania, no ha de arrepentirse de lo que estableció en 1872, y no ha de admitir la moneda de plata. Se ha dado grande importancia á una reunion de agrónomos que, segun se dice, se declararon á favor del doble talon; sin que intentemos privarles de la autoridad que puedan tener, les opondremos una decision contraria de las Cámaras de comercio del Imperio, que en el mes de Octubre de 1880 y por mayoría de 187 votos contra 13, demandaron que se conservase el tipo de oro. Respecto á Mr. de Bismark, cuyo testimonio se invoca á menudo, si ha elegido el último para la Alemania, no es en verdad por capricho ó por afecto, ni por seguir las doctrinas de los economistas: ha tenido en cuenta lo que él llama la *salud pública*, ha considerado lo porvenir de su país, y ha preferido el regulador de oro, como se había decidido por la extension de las vías férreas, por el desarrollo de la marina, por la colonizacion en lo exterior, la sustitucion gradual de los impuestos indirectos á los directos, etc. Además, despues que la cuestion ha surgido de nuevo no ha vacilado en declarar que le parecía bueno el sistema monetario adoptado por Alemania, y que despues de la experiencia hecha estaba resuelto á mantenerlo. Sería extraño, en efecto, que el gran canciller tan sagaz y que no descuida ni olvida cuanto puede favorecer á su país, renunciase al instrumento de cambio que puede serle más útil; en Alemania hay 2.000 millones de oro, y aunque esta suma no es suficiente para establecer la circulacion metálica en una escala amplia, basta para las necesidades más apremiantes.



En cuanto á la Italia, no sabemos qué va á hacer en la conferencia; su Ministro de Hacienda, en el informe que ha publicado sobre la renovacion de los pagos en especie, manifiesta que debe hacerse en oro. «Si se suprimiese el curso forzoso del plata), y con frecuencia más depreciada que el mismo papel, oscilarían los cambios con la mayor parte de los Estados, y resultarían inconvenientes quizá menores, pero bajo ciertos aspectos análogos á los del curso forzoso.»

Quedan entre las grandes potencias que se adhieren á la conferencia el Austria y la Rusia; mas en una y en otra hay papel-moneda, y no tienen interés en la cuestion; que se acepte el doble tipo ó el tipo de oro, no han de poseer más metales preciosos ántes que despues. Bien es cierto que ocurre en el primero de dichos Estados un fenómeno curioso y digno de nota. El papel-moneda sufre una baja menor que la plata: el uno pierde 10 y 12 por 100, y el otro 15; no acertamos, pues, en qué podría ganar el Austria si tomase como unidad el metal blanco, á no ser que fuese para ella un medio más fácil de reembolsar á sus acreedores y libertarse de sus deudas, suposicion inadmisibile cuando se trata de un pueblo tan leal en cumplir sus compromisos. Por lo que atañe á los estados secundarios, en general son partidarios del regulador de oro. La Union escandinava, que comprende la Suecia, la Noruega y la Dinamarca, lo admitió hace algunos años, y no está dispuesta á cambiarlo; no procedería la Suiza de otro modo, si no fuese por sus vínculos con la union latina; la Bélgica se halla dividida en este asunto, y España más bien se inclina al oro que al uso simultáneo de los dos metales nobles.

Bien es cierto que se dice: si no empleais como numerario la plata, no habrá bastante oro para satisfacer las necesidades del comercio; se ha aminorado ya la produccion del último metal de un modo sensible. Desde 900 millones á que ascendía en otra época, en cada año, ha descendido á 500; puede disminuirse aún, y careceremos de las nuevas barras que se requieren para sustituir á las que se pierden, pulverizadas por el roce ó empleadas en usos industriales. Se puede afirmar, cuan-



do ménos por lo que respecta á la Francia, que si dejara de ser dinero la plata, no variaría el estado de las cosas porque profesa el principio del doble tipo; mas de hecho aquélla no circula más que como moneda para el ajuste de cuentas; no tiene utilidad alguna como instrumento principal de los cambios; basta para convencernos ver lo que pasa en el Banco de la dicha república. En ella, segun Mr. Bonnet, existe una circulación fiduciaria de 2.500 millones, con fondos en caja por valor de 1.800 millones y experimenta algunas dificultades. Y es menester elevar el tipo del descuento al  $3 \frac{1}{2}$ , cuando no es más que de  $2 \frac{1}{2}$  en Inglaterra. Agreguemos á la reserva del Banco los metales preciosos que poseen los particulares, ó lo que es lo mismo, 4.000 millones de oro y más de 1.000 de plata. ¿De qué nacen los estorbos y embarazos de su circulación monetaria? Simplemente de que la postrema no se cuenta, y que los 1.230 millones de ese metal que se guardan en el primer establecimiento de crédito de Francia, no sirven para nada: no se pueden llevar al mercado y se aumentan de día en día.

En vano el Tesoro público procura conjurar estos males pagando á los empleados y á sus acreedores en plata, lo cual está muy léjos de lisonjearles; ese numerario no hace más que cruzar por la circulación, sin detenerse en ella; y vuelve con rapidez á su punto de partida por medio de recaudadores, ó se amontona de un modo improductivo en las cajas del Banco. Tal es el estado de las cosas en la república francesa y no hay motivo para que sienta recelos, si se suprime el uso de la plata como moneda principal; aún le quedan 4.500 millones de oro, y esta suma es más que suficiente para sus necesidades. Los ingleses realizan operaciones dobles con 2.500, y los anglo-americanos pudieron ordenar que se hiciesen de nuevo los pagos en especie con una cantidad mucho menor. Mr. Bonnet escribe que no pretende que los franceses puedan imitar fielmente á los ingleses y á los anglo-americanos, porque no son las mismas sus costumbres, ni ellos tan audaces en sus especulaciones; necesitan sentir bajo sus piés el suelo sólido de



las especies metálicas, y es preciso confesar que tan grande prudencia ha obtenido un éxito favorable, porque desde hace mucho tiempo es el país en donde ha habido ménos crisis rentísticas, á pesar de la guerra y de las revoluciones; empero si sus hábitos merecen elogio, no se puede dar por seguro que hayan llegado al límite postrero en materia de crédito, y que con el tiempo y el progreso de las ideas económicas no consigan ahorrar algo de los citados 4.500 millones de oro, economía suficiente para prestar á otros países que carecen del último, y para llenar los vacíos que dejara la produccion, si algun día sufriere mengua y menoscabo.

Por ahora ésta, segun las mejoras estadísticas, segun los informes de los directores de la casa de moneda de los Estados-Unidos, excede anualmente de 500 millones; ascendió á 600 en 1877, á 695 en 1878, á 550 en 1880. Sin duda que puede ser menor; mas asimismo es posible que se acreciente; todavia no se han explorado cuantas regiones de América contienen ese metal; se habla de nuevos descubrimientos de oro en la India; por último, el África, que cada día permite que penetre más y más el comercio europeo, ¿no ocultará una suma más ó ménos grande, que al cabo habrá de hallarse y esparcirse por los varios mercados del mundo? Parece probable que la produccion delpreciado mineral se conserve en ese nivel de 500 millones. Empero admitamos la hipótesis contraria: imaginemos que no llegue más que á 300 millones por año, y que se requieran 200 para reparar las cantidades que se pierden y el empleo que de él se hace como primera materia en las artes industriales; aún en este caso, quedarán 100 millones para las necesidades nuevas, y, como ha hecho notar muy bien Mr. Leroy-Beaulieu, esa cifra anual que se agrega á un fondo de 25.000 millones de monedas áureas, que es de presumir poseemos, sería suficiente y con amplitud por mucho tiempo; y además de ser menor la totalidad del metal que se extrae todos los años de las minas, resultaría la ventaja, que no es de leve momento, de una cierta fijeza en los precios. Mr. Bonnet asegura que no es de aquellos que han sabido con pena las modificaciones de los precios que



se verificaron en los siglos XVI y XVII, después del descubrimiento de las venas de plata del Potosí, y en esta centuria, desde hace veinticinco ó treinta años que se explotan los ríos y placeres de la Australia y de la California. La abundancia de instrumentos de cambio se asemeja á la de los medios de transporte, aumenta las transacciones, procura trabajo á mayor número de personas, y por lo tanto desarrolla la riqueza. Á vueltas de esto hay que confesar que todo tiene su medida: una vez terminados cuantos caminos son útiles, ¿los duplicaremos en las mismas direcciones para proporcionarnos el placer de ejecutar grandes trabajos de obras públicas? No, ciertamente. No otra cosa acontece con los metales preciosos: si bastan para los usos de la vida, es un inconveniente que se aumenten y que esto sea demasiado aprisa. En primer lugar, el trabajo que se verifica para extraerlos no remunera lo bastante, de lo que resulta una perturbación en las relaciones comerciales; se nota una súbita y anormal elevación de los precios de las mercancías, sin que se aumenten en proporción las fortunas, los salarios, los sueldos, todo aquello de que vivimos. Sin que por lo dicho juzgue Mr. Bonnet que la suma de los metales nobles cuando toca en ciertos límites, deba permanecer estacionaria, porque las poblaciones aumentan, las relaciones se desenvuelven, y son menester más medios de cambio para satisfacer mayor número de necesidades. Mas tan apetecible suplemento debe llegar progresivamente y á medida que se manifiestan nuevos deseos y se inician nuevos cambios, de otra suerte se realiza una revolución en el orden económico, y aún las mejores de éstas causan daños á las generaciones que las sufren.

Añádase á lo expuesto que 25.000 millones nos prestan más servicios que una cantidad doble hace cuarenta años, en virtud de la rapidez de los transportes y de la posibilidad de los giros por medio de despachos telegráficos. Para demostrar hasta qué punto, gracias á los nuevos procedimientos, es dable economizar el numerario, baste observar que se calcula que desde hace treinta años el *stock* de metales preciosos acuñados en forma de moneda se habrá aumentado en un tercio, á lo sumo en una



mitad; pues bien, en ese mismo tiempo el movimiento de los negocios ha quintuplicado y aún más: las operaciones del Banco de Francia, que eran de 1.328 millones en 1850, ascendieron en 1880 á 10.228 millones, y el comercio exterior ha excedido de la cifra de 2.500 en una de las fechas, y en la otra de 8.000, y sin embargo los metales nobles no escasean, y hasta la última crisis monetaria eran baratos, de poco coste.

Mas llegamos á la objecion de índole más difícil y peligrosa, Poseemos un *stock* considerable de plata: ¿qué haremos de él si no se rehabilita como numerario? Disminuirá su precio de dia en dia y perderemos miles de millones, que quizá en un momento determinado veríamos sin disgusto. La baja en la estimacion del metal que nos ocupa parece probable á Mr. Bonnet; no hay nadie que pueda impedirla, y por más conferencias que los Estados congreguen y reunan, no lograrán que la plata recobre el valor que ha perdido, del mismo modo que sería inútil decidir y resolver que una mercancía, cuya utilidad ha sufrido una aminoración, no descienda en el aprecio que merezca más allá de ciertos límites, y que deberá aceptarse por ese *minimum*. Fuera vano el intento; no se puede forzar la libertad de los pueblos en este respecto, y la historia así lo atestigua. El metal noble antes citado no recuperaría su valor más que volviendo á entrar en la circulacion y si en ella desempeñase el papel que en otras épocas, y como esto es hoy absolutamente imposible, no es dable hacer cosa alguna contra la disminucion de su precio; preciso será resignarse y desembarazarse lo más pronto posible de un producto que no quieren los países más civilizados, pero que aún aceptan otros cuyo adelanto es menor.

Mr. Bonnet no se muestra partidario del *statu quo*. En Francia hay 2.500 millones de monedas de plata en circulacion. Si el Gobierno declarase que éstas no sirven más que para el ajuste de cuentas, bien que obligando á recibirlas hasta la suma de 50 y aún de 100 francos en cada pago, pudieran conservarse todavía en la cantidad de 1.500 millones: fuera menester fundir mil millones que pudieran guardarse como mercancía y ven-



derse con oportunidad. Supone el escritor que nos sirve de guía que el Estado enajenara los lingotes lo más pronto posible, con una pérdida de 15 por 100, ó sea en total 150 millones. En este supuesto resultarían ventajas superiores á los perjuicios y daños que se notaran sin duda.

Calcula nuestro autor que en los momentos en que escribe hay en el Banco de Francia 1.230 millones de plata, que son de todo punto inútiles, como si se tratase de piedras en un saco. El dicho establecimiento de crédito no puede ponerlos en la circulacion, porque el público no gusta de recibirlos y aún muestra en ello desagrado, y porque comprende que si reembolsa sus billetes con monedas de cinco francos y circula la noticia que con su papel de crédito no era posible obtener oro, aquél perdería de su valor hasta llegar al mismo nivel que la plata. Por eso el Gobierno que comprende esta situacion, hace cuanto puede para reforzar el fondo de oro en el Banco; obliga á los recaudadores generales á que entreguen en las sucursales del último todo el metal de dicha clase que reciben, reservándose la facultad de hacer circular la plata, pagando con dinero acuñado con esta materia á los empleados y á los tenedores de la Deuda, que no pueden rehusarlo. Mas éstos no son más que paliativos que no impiden la salida del oro cuando el cambio es desfavorable. La primera sociedad de crédito de Francia procura retener dicho metal precioso alzando el tipo del descuento, que es el único medio de que puede disponer, y por ello lo eleva á 3 y  $3\frac{1}{2}$ , y sabido es que la consecuencia de esta medida es hacer pagar al comercio más caro el capital que presta para las transacciones. Supongamos que durante un año se presente papel para descontar por valor de 10.000 millones en el Banco y en otros lugares, y esa suma parece inferior á la realidad: á pesar de esto, sólo la diferencia de 1 por 100 en el tipo del descuento representa 100 millones; de suerte que el comercio tiene que sufrir el quebranto de esa gruesa suma por el único motivo de que place al Gobierno conservar como norma ó módulo monetario una moneda ó numerario que el Banco no puede usar.



No hace mucho tiempo Mr. Leon Say, al exponer un nuevo plan de reforma del impuesto territorial, se admiraba de que coincidiese la baja de la cuota del interés con un encarecimiento relativo del metal que se emplea más, es decir del oro. « Es una situacion sin precedentes — decía el ilustre hacendista — puesto que hasta ahora la cuota del interés se ha amiorado al mismo tiempo que el valor de los metales que sirven para fabricar la moneda. » La observacion era muy justa, segun escribe Mr. Bonnet, y si su compañero en la Academia se hubiese propuesto profundizar la cuestion é inquirir la causa de semejante anomalía, la hubiese hallado en la existencia del doble tipo, en ese hecho inaudito y extraño de un Banco que posee 1.200 millones de plata, de los cuales no puede servirse: el capital abunda y puede estimarse barato en Francia; se economizan 3.000 millones anualmente por lo ménos, para los cuales no se encuentra empleo, á pesar de los empréstitos que se anuncian con frecuencia para dentro y fuera de la república. Mas es preciso pagar más caro el oro de que tiene necesidad, porque la circulacion monetaria no es lo que debería ser, porque se halla entorpecida por un metal que no se admite. Verdad es que se nota alza en los fondos públicos, pero no lo es ménos que sería mayor si no hubiese dificultades monetarias.

En 1881 el Estado contrajo un empréstito de 1.000 millones de renta amortizable á 83,25. Valían los títulos de la Deuda, al anunciarse aquél, 85; si admitimos la hipótesis de que ese valor hubiese sido de 87 ó de 88, suposicion que no tiene nada de inverosímil siendo más bajo el tipo del descuento, se hubiera podido cerrar la operacion á 3 francos de alza ó más de la cantidad que hemos citado, y economizar de este modo 50 millones. Si añadimos á esos 50 millones que hubiera ahorrado el Tesoro los 100 que más arriba se mencionan, que se cree hipotéticamente pierde el comercio por sufrir un descuento de 3  $\frac{1}{2}$  en lugar de 2  $\frac{1}{2}$ , se ve que soportando inmediata y estoicamente una pérdida de 150 millones por hacer perder la forma de moneda y por vender una parte de la plata que posee la



Francia, ésta haría lo que se llama un buen negocio. El daño ó quebranto se compensara muy pronto y quedaría libre y desembarazada su circulacion monetaria de un obstáculo que va siendo más y más molesto y enojoso.

Desde hace algunos años no es difícil observar, segun el mismo Mr. Bonnet, que los esfuerzos de los diplomáticos para resolver las cuestiones políticas son vanos é inútiles cuando no se ajustan á la voluntad de los pueblos: habrá de suceder lo mismo y *à fortiori* con el Congreso monetario, porque se trata de intereses materiales, acerca de cuya gestion parece ser más vivo y despierto el espíritu público que por lo relativo á los asuntos políticos. No fuera hoy dable imponer una solucion contraria á dichos intereses. Decíase algun tiempo atrás de un gran personaje que no ha ejercido siempre una influencia feliz en los destinos de Francia, que carecía de sagacidad y que nunca veía los obstáculos desde léjos, y se le comparaba á un ciego que ignora dónde está la pared hasta que tropieza con ella: esto mismo es aplicable —en sentir de Mr. Bonnet— á los grandes hacendistas de su país en lo que concierne á la cuestion monetaria; no han sabido que había dificultades hasta que han llegado á convertirse ó trasformarse en crisis, y hoy inquieren los mejores medios de conjurarlas y apelan á nuevas conferencias. Se engañan: no hay más recurso que decidir la cuestion resueltamente, como lo hicieron los ingleses en 1816, la Union escandinava ántes de 1870, los alemanes en 1872, etc., y adoptar como moneda principal el oro; la sustitucion de la plata por aquel metal es un hecho consumado en Francia; sólo queda hacerle salir de las entrañas de la nacion, librándole de un concurrente inútil; no se requiere más que dar un decreto para sancionar una reforma ya existente, y un día despues de ese decreto la situacion será la misma, salvo que miraremos lo porvenir libre de las crisis monetarias. Para ello no hay más que resignarse á soportar la pérdida que surgiera de la venta de 1.000 millones de plata, que originan tanto embarazo y causan tanto estorbo: en otro tiempo se afirmaba que el pueblo francés era bastante rico para pagar su gloria; sin



duda que debe serlo tambien para hacer el sacrificio que requiere el establecimiento de un buen sistema monetario.

---

Tales son las ideas y propuestas principales del escrito de Mr. Victor Bonnet; por el momento no hemos de hacer observaciones que se deriven de nuestro propio estudio, toda vez que Mr. Emilio de Laveleye expone de tal modo la opinion contraria, que juzgamos ha de resaltar para los señores Académicos viva y animada la luz de la importante controversia que reseñamos. Séanos lícito tan sólo advertir que Mr. Bonnet entiende que la pérdida de 150 millones que resulta de vender 1.000 millones de francos de plata, se compensaría con creces por el menor coste que tendría para el comercio el préstamo del capital del Banco, siendo el tipo del descuento  $2\frac{1}{2}$  en lugar de  $3\frac{1}{2}$ ; nos parece un premio ó tanto por ciento muy bajo, y no autoriza á suponer que fuese posible el valor de los títulos de la Deuda del 5 por 100 antes de su conversion en  $4\frac{1}{2}$  en el mes pasado; tambien el aludido escritor imagina que para el mismo fin aparece el ahorro de 50 millones que hubiera resultado de cerrar un empréstito á un tipo más elevado que al realmente desembolsado, si los títulos del 3 por 100, en vez de cotizarse al 85, lo hubieran sido al 87, ó bien á 88, cosa posible de no haber más que oro como numerario principal ó más importante; y claro es que el hecho de una operación de crédito de la pública Hacienda, ha de estimarse como accidental ó extraordinario por fortuna; pensamos, pues, que por el camino señalado no se salva la dificultad que nace de un descenso en el valor de la plata y de un quebranto en el capital consistente en esa materia, por seguir el sistema del tipo ó regulador único. Dicho esto, que conviene á nuestro propósito, hablemos de la Memoria de Mr. Laveleye.

---

El escrito de Mr. Laveleye se titula *El bimetalismo internacional*, y comienza aseverando que si se atreve á examinar el asunto de la moneda en el recinto de la Academia, tiene por excusa la obediencia á los deseos de su eminente y no olvidado maestro Wolowsky, que durante su última enfermedad le escribía con mano poco firme: «Mis fuerzas me abandonan; continúe usted defendiendo nuestra causa, que es la de la verdad.» Al principio — sigue diciendo Mr. Laveleye — había militado debajo de la bandera de otro académico no ménos distinguido, de Mr. de Parieu, el apóstol de la grande y fecunda idea de las uniones monetarias, que tuvo la fortuna, harto merecida por su decision y por su perseverancia, de que tomase cuerpo y se realizase en 1865, creándose la union latina. Mr. Laveleye había visto una de las fases de este movimiento de asimilacion que tiende á dar á los pueblos civilizados una legislacion económica idéntica, en virtud de una serie de pactos internacionales. Como la moneda es el instrumento indispensable para el ajuste de los balances mercantiles entre dos ó más pueblos, es indiscutible que se lograría un gran progreso, si se consiguiese que los varios Estados admitiesen un mismo numerario, que se utilizase para hacer pagos teniendo idéntico valor en todas partes.

Cuando se verificó la conferencia acerca de las monedas en 1867 se esperaba alcanzar tan deseables fines, merced á la aceptacion universal del regulador de oro, y hasta se creía que iba á circular muy pronto por todo el mundo una pieza de oro de idéntico linaje, que tendría para la union latina valor de 25 francos, para Inglaterra de una libra esterlina, para Austria de diez florines, y para los Estados-Unidos de cinco dollars. En aquella ocasion pretendió Wolowsky que era imposible que todos se aviniesen al sistema inglés del tipo único de oro, y que si se quiere que los pueblos civilizados tengan por bueno y no rechacen un solo sistema monetario, no hay otro camino que el de legalizar el empleo simultáneo de los dos metales preciosos, fijando su relacion, como se hizo en Francia dictándose el precepto legislativo de 1803. Mr. de Laveleye confiesa que se dejó



vencer por la fuerza de los razonamientos y de las pruebas que adujo aquél, y que si despues ha permanecido fiel al ideal de una convencion monetaria para todos, se proponía encaminarse á su logro y triunfo, haciendo admitir en donde quiera los principios esenciales del sistema francés.

Los recientes sucesos parecen haber confirmado de una manera tan decisiva el dictámen de Wolowsky, que se adhieren hoy á sus doctrinas muchos economistas, entre los más sabios y más competentes de Europa y de América, las cuales ha completado Mr. Cernuschi.

Existen actualmente en economía política dos escuelas: la histórica ó «realista,» que prefiere el método inductivo, y la ortodoxa ó «racional,» que se sirve principalmente del método deductivo. La escuela inductiva examina los hechos que hacen constar la historia y la estadística, y se esfuerza en formular reglas aplicables á la gestion de los intereses económicos que nacen de la enseñanza de aquéllos. La escuela deductiva estudia la naturaleza del hombre, y llega á afirmar que existen leyes absolutas y universales que ella denomina «leyes naturales.» La primera dirá que la ciencia económica «desea con avidez conocer los hechos;» la segunda pretenderá que los principios de dicha disciplina y enseñanza son tan evidentes que no han menester la comprobacion de la experiencia. La una, perdida en las mil complicaciones de la vida industrial y mercantil, no expone en último término, ideas bastante precisas: la otra, al contrario, desde la altura de sus axiomas abstractos, promulga dogmas á los cuales con frecuencia suele la realidad contradecir con ásperas denegaciones. La escuela racional emplea los razonamientos del siglo XVIII y de la Revolucion francesa: la escuela histórica los que Savigny y sus sucesores han aplicado al estudio del derecho.

Despues de haber comparado en estos términos, con grande acierto y lucidez, Mr. Laveleye los dos opuestos grupos y filiaciones en que se dividen los autores de economía política, añade que tan opuestos pareceres no se encuentran en los mismos con matices ó gradaciones muy diversas, que á las veces se



reducen á simples tendencias; y si fuese necesario citar representantes de las dos escuelas, citaría — continúa el autor que nos ocupa — de la escuela deductiva á Ricardo y de Tracy, y de la histórica á Roscher y á Adolfo Wagner.

Por lo que concierne á la moneda, las teorías de los dos bandos se distinguen muy claramente. El histórico enseña que la naturaleza ha señalado dos metales con todas las cualidades que se requieren para servir de moneda; todos los manuales de economía política no indican diferencia entre los dos metales preciosos cuando enumeran las propiedades singulares que nos han conducido á utilizar el oro y la plata como numerario. La historia nos muestra que, á pesar de muy imperfectas reglas y procedimientos, todos los pueblos civilizados se han servido de ellos simultáneamente. Si intentamos modificar bruscamente, al calor de abstractas lucubraciones, modos de ser, estados de las cosas que se derivan de la lenta evolucion de los siglos, surgen en las sociedades movimientos y desórdenes desastrosos. Consagremos, por lo tanto, en la legislacion el hecho natural é histórico, y fabriquemos una moneda bimetálica. La escuela racional juzga que es cosa opuesta á una verdadera inteligencia emplear para medir los valores dos metales, como lo es elegir dos cámaras en la organizacion política. Si el pueblo no tiene más que una voluntad, no debe nombrar más que un solo cuerpo deliberante para manifestarla. Basta un instrumento metálico para realizar los cambios; hay que expulsar la otra materia que para dicho objeto se utiliza. El hecho histórico ha sido un error; el poder legislativo ha traspasado sus poderes. La moneda es una mercancía: regúlase el valor de éstas por la accion de la oferta y la demanda y no en virtud de leyes arbitrarias. Mercaderías son tambien el oro y la plata, y no es dable fijar su relacion por un precepto legislativo. Si el legislador comete esta falta, el comercio no obedece; lo que hace es separar de la circulacion el metal que se estima y aprecia más, y dejar en ella el que se ajusta con menos precio.

Mr. de Laveleye opina que para decidir cuál de las dos tesis es verdadera en lo que concierne á los sistemas monetarios, es



preciso ascender á la nocion de la moneda. Nos ha legado la antigüedad dos definiciones profundas, originales: la primera, del más sagaz de los filósofos, Aristóteles, y la segunda, del más juicioso de los jurisconsultos, Paulo. Hé aquí en qué términos define Aristóteles el numerario en esa obra admirable que se llama *La Política*: «La necesidad introdujo la moneda. Se convino en dar y recibir en los cambios una materia que siendo útil, se manejase fácilmente en los usos más comunes de la vida; por ejemplo, el hierro, la plata ú otro objeto cuyas dimensiones se determinaron al principio, y que despues se señaló con una figura ó sello particular que significase su valor y que evitara las molestias inherentes á medirlo y pesarlo de continuo. Pero la moneda en sí misma es cosa fútil y vana: su estimacion nace de la ley y no de la naturaleza, puesto que variando el contrato que se celebra entre los que la usan, puede perder su precio de todo punto y quedar incapaz para satisfacer nuestros deseos.» Y, por último, el estagirita indica como raíz del vocablo *nomisma*, numerario, la voz *nomos*, ley.

El jurisconsulto Paulo, investigando el origen de la moneda se diferencia poco de Aristóteles: «La raíz del comprar y vender se encuentra en las permutas. En otro tiempo no había dinero, y no existían palabras distintas para distinguir la mercancía y el precio, sino que cada uno, segun las necesidades del momento y de las circunstancias, cambiaba las cosas inútiles por las útiles, porque sucede con frecuencia que unos carecen de lo mismo que tienen otros por superfluo. Mas como no siempre ni fácilmente ocurría que cuando tú tuvieses lo que yo deseaba, viceversa, fuese yo poseedor de lo que tú apetecías y hubieras adquirido con gusto, se eligió una materia cuya estimacion pública y perpétua obviase las dificultades de las permutas por la igualdad de su cantidad; materia que se signó con un sello de la autoridad que ejerce el sumo poder, y á la que presta el uso y regla de los cambios, no tanto su peculiar sustancia como su cantidad. Y desde entónces las dos cosas que se truecan no se llaman *mercancías*: una de ellas se denomina *precio*. »

Segun Mr. Laveleye, toda la teoría de la moneda se resume



en este trozo, con una expresion tan acértada y con una tal profundidad de miras, que no se pueden admirar bastante; confesemos que el lenguaje de los jurisperitos es más exacto que el de los economistas: es el resultado de un lento y continuado esfuerzo desde las leyes de las Doce Tablas, miéntras que el de los segundos no tiene una fecha más remota que desde hace cien años, y en él se reflejan á menudo las complicaciones mal discernidas de la realidad. Así, segun Aristóteles, la moneda es una institucion pública cuyo valor no se deriva de la naturaleza, sino de la ley; su valor depende del uso que hacemos de los metales preciosos, poco útiles en sí mismos, y lo que lo prueba es que cuando la convencion ó la ley prohiben usarlos, su estimacion desaparece casi por completo. Con este análisis y esta advertencia, vemos que indica Aristóteles la causa del desórden monetario que existe en estos momentos en los pueblos civilizados. La Alemania ha hecho perder á la plata su forma de numerario, y ha sido menester que los otros Estados cerrasen sus casas de moneda á ese metal noble, por lo que, tornando á ser simple mercancía, ha perdido una parte del valor que le daba su empleo como numerario.

Paulo recoge la idea de Aristóteles, pero al mismo tiempo la completa con un rasgo que ilumina el asunto hasta el fondo. Escribe «que la ley escoge una materia que sirva de intermediario en los cambios; la señala con un sello oficial; garantiza la autoridad pública su peso y su ley de un modo permanente; mas su poder de adquisicion, *dominium*, no reconoce como origen su esencia, sino su cantidad.» Esta sola palabra, en el dictámen de Mr. Laveleye, explica los fenómenos tan complicados de las variaciones de los precios. Si aumenta la suma de la moneda los precios se elevan, y descienden y se aminoran si aquélla disminuye.

La unidad monetaria, el franco, por ejemplo, nos proporciona en la compra-venta tantas más cosas cuanto con más escasez corra de mano en mano, y tantas ménos, cuanto más abundante fuere aunque no cambie su esencia, que son cinco gramos de plata. La ley puede determinar cuál debe ser el instru-



mento de los cambios, pero no es dable que fije un límite á lo que podemos adquirir con él, porque esto se subordina y obedece al número de piezas de numerario que llevemos á la plaza para comprar mercaderías.

Un economista americano, Mr. Dana Horton, en un ensayo que se titula *La moneda y la ley*, que Mr. de Laveleye ha traducido, ha probado, en sentir de éste, el origen legal del numerario en la historia.

Vemos en las sociedades ménos civilizadas prestaciones, multas, tributos, la composición para reparar los crímenes y delitos, y resarcimiento de daños y pago de intereses. El jefe ó cabeza de la asociacion, la ley, la costumbre, el tribunal, en suma, el poder público ó judicial, por bárbaras que sean sus formas, debe decidir en qué linaje de bienes han de hacerse esos diversos pagos. El bien ó producto á que aludimos habrán de tomarse naturalmente de los elegidos para facilitar los cambios, cabezas de ganado, esclavos, conchas, telas, pieles, sal, ó, por último, metales preciosos. En todo esto se advierte y resalta con suma claridad el origen legal y jurídico de la moneda.

Y ahora vamos á resumir — continúa Mr. de Laveleye — en lenguaje económico y de nuestro tiempo, estas nociones que hemos aprendido de los filósofos, de los jurisconsultos y de los historiadores. Turgot, Condillac, y siguiendo sus huellas la mayor parte de los economistas han dicho: *toda moneda es mercancía*; y esta máxima es el fundamento de las objeciones que se dirigen contra el sistema monetario francés, en nombre del sistema monetario inglés. Sin embargo, no es verdadera, puesto que cada dia la desmienten los hechos: los billetes de Banco de curso forzoso carecen de valor simultáneo, y no son, por tanto, una mercancía, y ni siquiera representan los metales preciosos en que se promete reembolsarlos, cuando la caja del Banco de emisión está vacía. Los billetes cuyo importe no es dable satisfacer conservarán, á pesar de ello, todo su valor si se reseta la regla formulada por Paulo, es decir, si no se han hecho las emisiones en una cantidad excesiva: si la suma que en ellos aparece consignada fuere menor de lo que exigen las necesida-



des de la circulacion, ganarán una prima, como sucedió en Francia despues de la revolucion de 1848.

Hé ahí un fenómeno que se explica muy bien. Lo que yo deseo hallar en la moneda, á no ser que tenga oficio de diamantista y me proponga fabricar una joya, no es la materia que constituye su esencia, sino el poder de comprar que me confiere. Una moneda ó un billete de Banco son una letra de cambio girada contra el conjunto de las mercancías: me permite escoger, segun quiera, más ó menos productos, hasta una suma equivalente á su valor nominal. Un billete de Banco de 20 francos que no se cambia por dinero, vale lo mismo que un luis de oro, si gracias á su posesion puédese adquirir la misma suma de productos, *nom tam ex substantiâ quam ex quantitate*, como decía Paulo. Lo he admitido, no para guardarlo, sino para gastarlo; si se me recibe á la par en todos los pagos, de él no cabe reclamar otro servicio. En resolucion, en nuestras sociedades como en las épocas primitivas, todo se reduce á trueques, géneros por géneros, servicios por servicios.

Lo esencial es que el instrumento monetario que ahora nos permite verificar los cambios por medio de la venta y de la compra, que sustituyen á la simple permuta, conserve un valor duradero y así sucederá si su cantidad se proporciona á las necesidades de la circulacion. Sólo puede estimarse que el papel-moneda es inferior á la moneda metálica por dos motivos: el uno, que no puede servir para pagar á los extranjeros, y el otro, que el Estado puede aumentarlo á su arbitrio, y que en general, es cosa difícil que mantenga su emision al nivel de las necesidades.

Dedúcese de lo que precede, que no es necesariamente una mercancía la materia de que se fabrica la moneda; que es, sobre todo un medio legal de hacer pagos; la comun medida del valor que establece la ley; un instrumento de cambio, cuya naturaleza y permanencia ha determinado la autoridad. Puede hacerse de papel sin valor alguno intrínseco; pero es mejor fabricarla de oro ó de plata, á fin de que pueda librarse de los abusos de las emisiones arbitrarias. Cuando su esencia es metálica, los meta-



les nobles que la constituyen eran mercancías; mas en virtud de la ley adquieren un grado de preferencia que los transforma, ó mejor todavía que los transfigura. En el estado de monedas y encerrando exclusivamente el poder de anular y extinguir toda deuda y satisfacer todo crédito, reinan sobre el mercado. La moneda es la riqueza elevada á la mayor potencia. Aquel que la muestra en su manos puede comprarlo todo; el que no tiene más que géneros ó mercaderías ha de venderlas primero, y algunas veces á cualquier precio. Por su misma naturaleza y en virtud del mandato de la autoridad pública, el oro y la plata son ajenos casi enteramente á las influencias que determinan el valor de los otros objetos.

Veamos en qué consiste la diferencia. En primer lugar, la estimacion de las demás mercancías se regula por la oferta combinada con la demanda que aparece respecto á las mismas. No hay otro valor para los metales preciosos que el señalado por las casas de moneda, porque, si cesase el uso de aquéllos como numerario, perderían la mitad de su estimacion; quizá no llegarían á conservar la tercera parte. El Estado crea la mayor y más considerable, tanto del oro como de la plata, puesto que de él se origina lo más importante de la demanda; recuérdese que cuando se fabrica moneda de vellon de nickel, el precio de éste asciende hasta el punto de triplicarse.

Mientras hay libertad en sellar la moneda, la casa destinada á este fin en Francia da 200 francos por un kilogramo de plata, y 3.100 por uno de oro; y en tal caso, los dichos metales no se venderán ménos. En suma: notemos que existen en esta materia las puertas abiertas para un empleo y uso que no hallamos en las demás mercancías.

En segundo lugar, la demanda de los artículos destinados al consumo se limita por la utilidad y provecho que cabe nos resulten de su aplicacion á los menesteres de la vida. Supongamos que se duplica la cantidad del trigo producido: habrá un exceso, y disminuirá en gran manera el valor de la cosecha, por efecto de una oferta excesiva. En América, á veces, quemán el maíz en el mismo paraje en que ha nacido porque no puede utilizar-



se, y en ciertos apartados lugares de España tanto es el vino que se produce despues de la vendimia, en algunos años, que, para recogerlo en la bodega, es preciso dejar que corra y se pierda el contenido en las vasijas disponibles. Al contrario, el metal que sirve para moneda jamás se ofrece con exceso: transformado en numerario encuentra siempre quien lo acepte. No hay mercader alguno que no quiera vender, y su oferta de mercancías es una demanda de dinero: de suerte que esta última es ilimitada é insaciable, lo cual no acontece á las demás mercaderías.

Llano es advertir que si la suma de numerario aumenta la facultad de comprar que tiene, cada pieza monetaria disminuye, y los precios se elevan; mas en esto interviene la accion de la naturaleza que ha dotado á los metales preciosos de cualidades que los diferencian de otros productos del trabajo humano: en efecto, son inalterables, no se consumen, sirven para el uso del hombre, ya en forma de adorno, ya de moneda, conservándose; su escasez y por consiguiente su grande valor motivan que nos esforcemos en impedir su destruccion, y que formen el tesoro de los nibelungen ó de los reyes francos. El oro y la plata que se sacan de las entrañas de la tierra y que se acumulan constantemente de siglo en siglo, constituyen una masa que se valua en 60 ó 70.000 millones. Semejante suma, levemente modificada por las variaciones anuales de la produccion y aumentada con lentitud en la casi exacta proporción del incremento de la poblacion, determina una base muy constante para los precios, puesto que la cantidad de monedas cambia muy poco, y aún pudiéramos añadir que casi nada relativamente al empleo que hacemos de la misma.

Como mínima estimamos la suma de metales nobles que se produce todos los años y no se puede aumentar voluntariamente, porque son pocos los filones que remuneran de un modo suficiente los trabajos del minero; resulta, pues, que en esta materia existe un monopolio natural; sabido es que en los casos de monopolio la demanda determina los precios en primer término, y la que fuere precisa para acuñar moneda se enseñoorea



del mercado de los metales preciosos; el Estado da origen á la demanda y puede fijar los precios. Sin embargo, lo que hubiere de arbitrario en ese señalamiento y en esa regulacion se contiene en ciertos límites, porque si el valor fuere muy escaso algunas minas se abandonarían; y si fuere muy grande ó elevado al punto comenzarían los trabajos de aprovechamiento en nuevas vetas ó filones. El Estado que fija el precio del tabaco que adquiere la Administracion de impuestos, con mayor razon puede establecer por qué valor se admitirán los metales nobles por las casas de moneda, y qué relacion habrá entre el oro y la plata. Desde la más remota antigüedad así acontece: en todas partes y siempre los dos metales preciosos hanse destinado á ser instrumento de los cambios, segun una proporción ó norma de equivalencia que determina la ley, y si han variado la causa descúbrese en los reglamentos monetarios de los diferentes países, que modificaban el valor legal, ya del oro, ya de la plata. Las variaciones en la relacion de ambos que constan en la historia han sido resultado de los preceptos legales, y no de la produccion más ó ménos abundante de uno ó de otros. De suerte y manera que el legislador francés de 1803, señalando ambos la equivalencia de 1 á 15  $\frac{1}{2}$ , no hizo más que conformarse á los preceptos históricos, y, dígase lo que se quiera, no ha violado las leyes económicas.

Convenimos en que los adversarios del sistema francés insisten y dicen: un Estado tiene la potestad de hecho de fijar esa relacion; pero la naturaleza y el comercio, sin inquietarse de sus preceptos, se llevarán el metal preferido en el mercado del mundo, en virtud de lo que llaman los ingleses la ley de Presham. Segun Mr. de Laveleye, en la objecion expuesta hay una parte de verdad que es preciso discernir y delimitar. Desde luego hace notar que hay un hecho que prevalece en la controversia: en la conferencia monetaria de 1878, el académico que se distingue por el nombre ilustre del Adam Smith de la Francia, afirmó que el sistema francés había resistido durante setenta años á las circunstancias más extraordinarias, á las guerras, á las invasiones, á las revoluciones, á las crisis de todo linaje, y



hasta al incremento singular del oro, que despues de 1850 se pretendía por muchos debía ser bastante para destruirlo. Para conseguir la suspension de una de sus cláusulas en 1874, á saber: la acuñacion libre de la plata, fué menester que ocurriese un hecho sin precedentes en la historia económica; que un gran pueblo rechazase de repente la moneda de sus abuelos para adoptar, bajo la fe de teorías incompletas, un sistema sin raíz en las tradiciones nacionales.

Mr. Leon Say ha asegurado con verdad que, cuando la reforma monetaria intentada por Alemania se termine ó quede definitivamente abandonada, el sistema francés volverá á recobrar su fuerza en todas sus partes.

En el dictámen de Mr. de Laveleye, la experiencia ha demostrado que una nacion siempre y cuando posea un vasto territorio y sobre todo una abundante coleccion ó conjunto de monedas, no es imposible que sostenga la relacion de equivalencia señalada por el Estado entre el oro y la plata. Hay que convenir, no obstante, en que la ley de Gresham sin arrebatar de todo punto alguna vez todo el oro, como alguna otra toda la plata de que es dueña la Francia, ha reducido la masa de uno de los dos metales preciosos alternativamente, lo que no es consecuencia de una ley natural sino de la imperfeccion de las leyes humanas y de la falta de inteligencia entre los diversos pueblos. Mr. Laveleye aduce como prueba, que habiendo establecido los Estados-Unidos la relacion de 1 á 16, si fuese libre la acuñacion de la plata en París y en New-York, un especulador, con un kilogramo de oro adquiriría en New-York 16 kilogramos de plata, y haciendo acuñar en París  $16 \frac{1}{2}$  kilogramos de plata, los cambiaría por un kilogramo de oro, con el que volvería á procurarse de nuevo 16 kilogramos de plata en New-York, y en cada operacion ganaría medio kilogramo de plata, ó sean 100 francos, empleando un capital de 3.100. Por esto, cuando la equivalencia legal que se preceptúa para los dos metales es diferente en otros Estados, resulta que el sistema francés queda amenazado y hasta se mina por las operaciones del cambio. Empero si el mal tiene su origen no en la naturaleza, sino en



la imperfeccion y en la divergencia de las legislaciones, es doble conseguir el remedio; bastaría establecer en todas partes la misma relacion entre las monedas de oro y plata. Hé aquí lo que Newton había vislumbrado al verse en la necesidad de examinar la cuestion como director de las monedas, como se demuestra por el siguiente trozo: «Si el oro se rebajase solamente hasta el punto de obtener en Inglaterra la misma proporcion comparativamente á la moneda de plata que hay respecto del último metal en el resto de Europa, no habría más tentacion de exportar oro que plata para cualquiera region de la dicha parte del mundo.»

La idea de Newton ha sido recogida por Mr. Cernuschi con tal variedad de indicaciones primeras y sumarias y tal viveza de argumentacion, que por donde quiera se han parado mientes en ello. Condensada en la fórmula moderna del 15  $\frac{1}{2}$  *internacional*, sirvió de base á las deliberaciones de la conferencia monetaria que se reunió en París en 1881.

Mr. Laveleye escribe que al concluir su Memoria quisiera hacer una comparacion sumaria entre los dos sistemas que dividen los sufragios del mundo: el francés, que emplea simultáneamente los dos metales nobles, y el inglés, que proscribela plata para no conservar más que el oro.

El primero fundado en la naturaleza y en la historia, pudiera generalizarse sin sacudimientos ni trastornos, porque conserva los regimenes monetarios que existen en los diferentes países, completándolos con añadir un metal no empleado mientras aquél no existió. El segundo contraría los hechos naturales é históricos, porque obliga á los hombres que ántes habían usado siempre en los cambios dos metales preciosos á no utilizar más que uno, ya sea el oro, ya la plata; de modo que es en toda la fuerza de expresion que tiene el vocablo, una medida revolucionaria. De suerte que no puede introducirse sino á costa de esas crisis crueles y de esos prolongados sufrimientos que casi siempre vienen en compañía de toda ruptura violenta con lo pasado. Cuando la Inglaterra lo estableció en 1816, ocurrieron una baja de precios y perturbacio-



nes económicas en aquella isla y en todo el mundo civilizado; hubo bancarotas, reducción de los arrendamientos; surgió la miseria de los obreros; alzóse en armas el carlismo que era el socialismo de la época, y por último, se hizo más pesado casi universalmente el yugo del sistema protector. En 1873 la Alemania quiso imitar á la Gran Bretaña dejando de acuñar la plata, de lo cual nació una nueva crisis que no parece terminada todavía. Bien que sea quizá prematuro el intento de determinar la parte de acción que corresponde á las diversas causas que la han producido, se puede decir que ofrece caracteres muy semejantes á la que se observó desde 1816 á 1830. La misma nación ha juzgado preciso suspender su reforma monetaria, á fin de evitar á sus súbditos y al mundo entero los sufrimientos y dolor que les ocasionaba. Tan decisiva se ha mostrado esta posterior experiencia, que uno de los hombres más entendidos en economía y en hacienda de Inglaterra, Mr. Goschen, expuso su parecer en la conferencia de 1878, en estas palabras: «Cualquier paso más que se dé en este camino, causaría el efecto de producir una crisis más desastrosa que todas aquellas que recuerda el mundo comercial.» Ha ido más lejos todavía, condenando en esta severa sentencia el régimen que impera en su país: «La tentativa de generalizar el tipo de oro, no es solamente una utopía; es una utopía falsa y perniciosa.»

Los adversarios del sistema francés reconocen que gozaría de una estabilidad y duración tanto más grandes, cuantos más Estados lo aceptasen; los defensores del sistema inglés declaran sin rebozo que éste debe ser el privilegio de algunos pueblos de cierto linaje. El primero implica la igualdad y la fraternidad de los Estados, puesto que á todos se ofrece; el segundo es exclusivo y aristocrático, puesto que obliga por la fuerza á todos los países, salvo uno ó dos, á emplear un procedimiento monetario que se confiesa es imperfecto ó malo.

Si se generalizase el uno de los dichos regímenes, reinara entre las naciones la armonía y la concordia de los intereses, porque legalizando por donde quiera el uso simultáneo de los metales nobles, proporcionara el necesario instrumento de los



cambios. El sistema inglés, por muy opuestas vías, reduciendo casi á la mitad el numerario de la circulacion universal, diera origen á una lucha para adquirir el oro insuficiente, semejante á la que imaginan algunos naturalistas, á un *struggle for life*, que eligiera como armas las alzas del descuento y las alzas de las tarifas.

---

Despues de la lectura de la Memoria de Mr. Laveleye, muchos miembros de la Academia francesa hicieron observaciones: Mr. Víctor Bonnet expuso que se deduce de la argumentacion del sabio economista belga que depende del arbitrio de los legisladores establecer la armonía monetaria, sobre la base de la relacion de 1 á 15  $\frac{1}{2}$  entre el valor del oro y el de la plata, cuya proposicion es por lo ménos muy discutible. Segun monsieur de Laveleye, la baja en la estimacion de la plata no se ha notado hasta despues de la reforma monetaria de Alemania; cierto es que se determinó más y más en dicha época, pero ascendía ya á 3 ó 4 por 100 en 1869; entónces se hizo una informacion y se dió audiencia á todas las personas competentes en la materia, y se consultó á los tribunales de comercio y á los recaudadores generales, y el resultado fué favorable para el tipo de oro; y si en aquellos días se hubiesen aceptado las conclusiones de la Comision que dirigia la dicha pesquisa ó exámen experimental, la Francia no tropezaría con las dificultades en medio de las cuales hoy se encuentra. Se ha creido tambien que era causa del menor precio de la plata el descubrimiento de abundantes minas en los Estados-Unidos, y una demanda más restringida de aquel metal en los países de Oriente.

Sin embargo, es preciso observar que han pasado ya muchos años sin que Alemania venda sus *thalers* de plata; que se ha disminuido la produccion de las minas americanas, sobre todo ya no se recoge más que la mitad de la suma que antes se



obtenía del célebre filon de Comstock, y por último, el pedido de plata vuelve á ser más intenso en Oriente, particularmente en la India; no obstante la baja del valor de la última ha continuado. Hubiera podido creerse que habiéndola empleado de nuevo como moneda los Estados-Unidos en la relacion de 16 á 1, se lograría un alza, mas no ha sucedido así. Luego el fenómeno es independiente de toda acción legislativa, lo cual se deriva de una causa que en todo domina y prepondera; el público no quiere el metal noble á que aludimos como numerario principal; juzga que el oro es más cómodo, que se halla en mayor armonía con el desarrollo de la riqueza, con las necesidades nuevas de la civilizacion. En estas condiciones todavía puede ser útil la plata; empero forzoso es renunciar á que continúe en la circulacion con el mismo título que aquel; sólo habrá de servir como moneda supletoria para el ajuste de cuentas.

Mr. Pablo Leroy-Beaulieu distingue tres cuestiones en la tesis defendida por Mr. Laveleye: la de principios, la histórica y la actual de aplicacion. Por lo que hace á los primeros, uno de los que profesa la escuela heterodoxa es que el poder legislativo puede dar al numerario el valor que estime conveniente; bajo este punto de vista la Academia sabe qué revueltas y qué calamidades originó este funesto error en tiempo de los primeros Valois. Enciérrese la verdad en la máxima formulada por Miguel Chevalier, que la moneda es á un mismo tiempo una medida y un *equivalente*, de la cual no podemos apartarnos sin incurrir en lo arbitrario. Cuando se recibe una pieza de 20 francos no vemos simplemente un valor convencional ó legal, sino que además sabemos que hay en ella una suma idéntica de trabajo humano, es decir, de salarios de los trabajadores mineros, de interés del capital empleado en las minas, y por último, de gastos de transporte. Mr. Laveleye habla del papel de curso forzoso; mas adviértase que se trata de un expediente al que se recurre en tiempos calamitosos, y nada desean y apetecen tanto los Estados sujetos á ese régimen como libertarse de él. Si el papel-moneda tiene algun valor por faltar el numerario que se



juzga ó estima representa, débese no sólo á la autoridad del Gobierno, sino á su carácter provisional, en cuya virtud esperan los súbditos que un día ú otro se volverá á pagar en especies metálicas. De suerte que dicho papel no es una verdadera moneda; buena prueba de ello suministran las perpétuas variaciones de su valor; éstas no se hallan en proporcion á la abundancia ó escasez de las emisiones; siguen todo cambio ó influjo en la opinion pública, subiendo el precio del papel-moneda siempre que los sucesos parecen anunciar que se acerca el momento en que se harán los pagos en dinero, ó bajando si esa ocasion é instante apetecidos parecen alejarse.

En lo que respecta á la segunda cuestion, ó sea á la historia, además de demostrar sus anales los desastrosos efectos que acompañan á la ficcion de la omnipotencia del Estado en lo que concierne á fijar el valor del numerario, enseñan que se ha modificado la relacion entre los dos metales preciosos en el mismo sentido; en el de una menor estimacion de la plata que Mr. Laveleye atribuye á los preceptos y órdenes publicadas por algunos Gobiernos, siendo así que resulta de la fuerza misma de las cosas. No se concibe ni explica cómo es posible que todos los que rigen los pueblos se hayan puesto de acuerdo para conseguir que se aminorase el valor de la plata, que ha perdido casi la mitad de éste desde la edad antigua. Ese descenso constante desde hace veinte siglos es un fenómeno natural, y no el efecto de una legislacion inconsciente.

Procediendo ya al exámen de la tercera cuestion, ó lo que es lo mismo, del estado actual y del objeto de la conferencia monetaria, Mr. Leroy-Beaulieu fué de dictámen que se podría lograr por un momento una aproximacion relativa á fijar el precio del oro y de la plata, respecto á cada uno de estos metales nobles, por medio de una inteligencia ó acuerdo absoluto, universal y perpétuo entre los Estados. Este linaje de coalicion ¿es posible? No es dable creerlo así. Seria igual á una asociacion de obreros, de consumidores ó de vendedores, y no tendría consecuencias más extensas ni más definitivas que las ligas de la industria, cualesquiera que sean; pero aún suponiendo que se-



mejante coalicion se formase, por más que fijara el valor de las monedas, ¿qué poder ni autoridad tendría sobre el valor de los metales preciosos, considerados como primera materia que sirve para la industria? ¿Le fuera dable por ventura conseguir fijeza en las necesidades y en los gustos del público? Únicamente se correría el peligro de detener la produccion del oro, porque no remunerára lo suficiente el trabajo de explotacion de las minas, ó de favorecer sin medida la produccion de la plata, que daría de sí ganancias excepcionales. No olvidemos que la tarifa oficial de las monedas influye en la industria que nos proporciona los metales preciosos, ya para desalentarla, ya para fomentarla, y por consiguiente, no es ajena á la abundancia ó la escasez de esos bienes y primeras materias. En cuanto á las perturbaciones, á las crisis, á los desastres que Mr. Laveleye atribuye no más que á la admision del tipo de oro por Inglaterra á principios de esta centuria, y por Alemania hace pocos años, hemos de convenir en que nacen y se derivan de otras y muy diversas causas. Así es que por lo que concierne á la agricultura, es evidente que la crisis agrícola reconoce otros orígenes que el desuso de la plata como moneda; éste nada tiene que ver con que se hayan sucedido dos ó tres malas cosechas en la Europa occidental. No hay para qué mencionar la concurrencia de países nuevos, como la América y la Australia. La baja de las tarifas de los caminos de hierro y de los fletes marítimos, y en lo más mínimo el abandono de la plata, han hecho que se aumentase la actividad de la concurrencia que el arte agrícola de los países nuevos suscita y ocasiona á los países viejos. No otra cosa acontece con las dificultades industriales. El exceso de especulacion y de produccion de 1872 á 1875 y el establecimiento del sistema protector en diversos Estados, han sido las causas verdaderas de los sufrimientos industriales. Además, el escritor belga exagera de un modo singular estos sufrimientos en opinion de monsieur Leroy-Beaulieu, porque á juicio de este último el mundo civilizado no recuerda una prosperidad material análoga á la que hoy se dilata en su seno, como atestiguan los fondos de las cajas de ahorros, los ingresos por contribuciones, la



edificación en las ciudades, el movimiento de los valores sujetos al pago de la *Income-tax* ó á los derechos de sucesion, áun omitiendo el tráfico de los ferro-carriles y del comercio marítimo, y el incremento de los bienes muebles. En los lugares de su memoria en que Mr. Laveleye habla de *crisis*, juzga Mr. Leroy-Beaulieu que debieran emplearse las palabras *estorbo* ó *impedimento* parciales ó pasajeros. En suma: opina este último que el primero se engaña ó no acierta en punto á los oficios peculiares de la moneda y en lo que concierne al poder de los Gobiernos, á los que en esta materia sólo es dable sancionar los hechos consumados; que desconoce las enseñanzas de la historia y que la medida que propone y enaltece no sería más que una coalicion impotente contra la naturaleza y la fuerza de las cosas.

Mr. Laveleye en su réplica á los dos escritores ántes citados, hizo notar que en 1872 la plata corría parejas con el cambio legal en Lóndres, y que ántes de la reforma alemana sus variaciones estaban contenidas en estrechos límites, lo que es lógico, porque no se vende con pérdida un metal que puede cambiarse á la par. Si despues que la Alemania ha suspendido la venta de sus monedas de plata esta materia no ha adquirido más precio, originase este hecho de que ha cesado la fabricacion de numerario de aquel metal en todas partes; éste no se usa ya sino como simple mercancía y de continuar en tal estado, podrá estimarse ménos que ahora. Por lo demás, el precio corriente del metal plata en el mercado de Lóndres sufre diarias influencias de circunstancias puramente accidentales. Mas todo esto y segun el parecer de un director del Banco de Inglaterra, cesaría si la Francia tornase á emplear el sistema del bimetallismo; en este supuesto volvería dicho producto á tener su valor normal y fijo.

Se dice que el público no quiere, ni gusta de esa materia prima porque juzga que es pesada y embarazosa; mas nada impide que se deje y guarde en los Bancos, como sucede en Holanda y en los Estados-Unidos, y que ese público emplee los billetes. Con el progreso de lo que Mr. Leroy-Beaulieu ha lla-



mado acertadamente los *sustitutos de la moneda*, ¿qué importa el metal con que se fabrica el numerario? Mr. Laveleye conviene en que el legislador puede engañarse y cometer faltas graves si desconoce las leyes económicas; por lo cual si fuere instruido, debe no volver las espaldas á estas leyes y no traspasar los linderos y barreras que trazan y señalan la observación y el análisis de los hechos. Si no lo puede todo puede mucho; le es dable, por ejemplo, hacer que baje de un modo sensible el precio de la plata, arrojando sobre el mercado del comercio la masa de ese metal con que ántes se fabricaba la moneda.

Si, como pretende Mr. Leroy-Beaulieu, el valor de aquel bien se ha aminorado en el transcurso de los siglos, descúbrese el motivo y fundamento de ese fenómeno, en que se buscaba el oro en los tiempos de infortunio á causa de su poco volúmen, que permitía acumularlo y ocultarlo. Mr. de Laveleye sostiene que el haber cesado en Alemania la fabricacion de la moneda de plata, han sido, si no las únicas razones y orígenes, á lo menos las principales de los daños y perjuicios que ha indicado, y en particular de la reaccion proteccionista; y que un brusco rompimiento con las antiguas costumbres consagradas por la experiencia no puede ménos de producir oposicion y lucha, que á su vez llegan á ser causas de malestar. Por otra parte, el ilustre escritor belga á que nos referimos, está convencido de que todo cuanto se intente para imponer por donde quiera el tipo del oro, servirá para contribuir al triunfo del bimetalismo.

---

Por más que sea difícil y aventurado intervenir en esta brillante é ingeniosa controversia á quien no tiene la autoridad y el talento que para ello se requieren, hemos indicado ántes de ahora, en el comienzo de este trabajo, que nos proponíamos intentarlo si nó con fortuna, por lo ménos despues de un estudio



prolijo y de haber formado la convicción sincera de que en este punto no pueden ser más que únicos el voto y el consejo de la ciencia.

En nuestro juicio, no acierta Mr. de Laveleye al exponer el origen y naturaleza del numerario, y es triste y doloroso que muchos años después de los importantes estudios de varones célebres por su ingenio y su saber, sea preciso insistir una vez más en la enumeración de los principios fundamentales de la teoría. La moneda es una mercancía que entre otras muchas escogieron los hombres para hacer posible el cambio, por ser la más generalmente estimada y por algunas cualidades ó circunstancias poco comunes ó extraordinarias, que en ella acertaron á descubrir y notar. Si los pueblos cazadores se sirven de las pieles de las fieras que vencen y matan, es porque son el único producto que puede conservarse largo tiempo en sus cabañas, la primera materia de sus trajes, y el artículo más importante de su comercio de exportación; si las razas nómadas y los pueblos simplemente agricultores emplean el ganado, depende este hecho de que aquél constituye su principal riqueza, de su fácil transporte, y de que en las tierras casi despobladas poseen pastos abundantes, puesto que en otro caso sería preciso destruir en el acto y perderían mucho de su valor las cabezas de ganado que se diesen en pago de una obligación cualquiera; si, como enseña Grimm en sus *Antigüedades del derecho alemán*<sup>1</sup>, hay documentos de los siglos VII y VIII que indican se usaban los caballos en el país á que se refiere, como precio de lo comprado, ¿quién no advierte que para un pueblo guerrero y emigrante, supersticioso, y de cuya constitución debía surgir el régimen feudal, aquellos nobles animales tendrían un grande valor? Y, por último, y para no prolongar más este traer á la memoria datos históricos, si los rusos de la Edad media señalaron en fragmentos de cuero la mercancía que circulaba más, atribúyase la elección á que se utilizaba

1 Pág. 586 y siguientes.



para fabricar objetos de lujo, á que era muy divisible y á que constituía la materia de la que se cortaban aquéllos, un importante ramo del comercio. En todos estos casos se trata de mercancías, de productos, de valores, que diversas naciones admitieron por costumbre y para su beneficio como medida y regulador de los bienes de todo linaje. Para rebatir esta opinion, no basta citar á Aristóteles que no ha derramado en la materia que nos ocupa la viva luz que en las concernientes á la política, que incurre en una extraña contradiccion, y si se juzga que ésta no existe, de todas suertes yerra y no ve el punto controvertido sino á través de una preocupacion perfectamente explicable en un varon de la edad antigua. Y decimos que incurre en una contradiccion el filósofo estagirita, porque no hay correlacion ni dependencia entre estas dos proposiciones: « Se convino en dar y recibir en los cambios una materia que, siendo útil, se manejase fácilmente en los usos más comunes de la vida, por ejemplo, el hierro, la plata. » « La moneda en sí misma es cosa fútil y vana, puesto que variando el contrato que se celebra entre los que la usan, puede perder su precio de todo punto y quedar incapaz para satisfacer nuestros deseos. » Si los hombres han preferido una materia útil, como el hierro y la plata, para que hiciese el oficio de moneda, ¿cómo es posible que se sirvan con el mismo fin de una *cosa fútil y vana*, que puede *perder su precio por dejar de satisfacer necesidad alguna*? Despues que descubrimos la utilidad de un sér ó de un objeto, ¿es dable imaginar que carezca de todo valor y no quepa que aquiete y dé algun reposo á los deseos humanos, en la menor siquiera de sus enérgicas manifestaciones? Si por ventura se nos objetase que Aristóteles para mientes primero en lo ménos general, para elevar despues su consideracion á lo más general y aún á lo absoluto, ó en otros y más claros términos, que juzga dieron preferencia los asociados á productos útiles como el hierro, la plata ú otro objeto cuyas dimensiones se fijaron de antemano para formar y constituir el dinero, pero que fué semejante acuerdo lo más frecuente, lo que aparece comunmente en el estudio de la historia, mas que era lícito



suponer que resultando la moneda con un valor hijo de un pacto en sí misma en su esencia era dable llegar á un punto en que esta última, por ser baladí y de ningun momento, careciese de toda estimacion, responderíamos con modestia, pero con firmeza, que en este razonamiento se oculta el yerro ó la aseveracion algo confusa, algo difícil de concebir en el orden de los hechos económicos. Nuestro juicio se funda, ó por mejor decir, no es más que una aplicacion de la teoría de la equivalencia de los bienes en el cambio. Recibimos un bien en cambio de otro que damos; el dinero sustituye al enojoso trueque, empero encierra un valor equivalente al producto que cedemos al recogerlo en nuestras manos; si fundiéramos las piezas de oro ó de plata de que nos hiciéramos dueños por la permuta, los lingotes que resultaran de esta operacion tendrían un valor igual á las cosas que á otra persona habíamos entregado, salvo la concesion hecha á la casa de moneda de la cantidad de metal no precioso necesaria para la aleacion; y ley es esta que no puede variar el Soberano. De una manera muy clara y muy lucida expuso esta doctrina uno de nuestros escritores de materias económicas de los siglos pasados, segun leemos en la *Historia de la economía política* del Sr. Colmeiro. El P. Cabrera dice: « Jamás pude asentir al dictámen y sentencia de algunos que se inclinaron á decir que el valor de la moneda no era natural, sino artificial y extrínseco por sola la voluntad del Príncipe, de suerte que sin respeto alguno á la materia, por sólo su beneplácito y ley podía comunicarle el valor que le pareciese. No dudo que de la voluntad del Príncipe solamente proviene y dimana en la moneda, cierta especie de valor y estimabilidad que resulta en ella por razon de la forma y sello que le imprime... Cuando el Príncipe tasa el valor de la moneda determina el que le corresponde por razon de su materia, segun la estimacion y juicio que de ella forman los prudentes; y consiguientemente que el Príncipe no da, sino supone el valor que consideradas las circunstancias y su naturaleza, tiene... »

« Tampoco podemos negar que la moneda (supongamos ser de oro ó plata) tenga valor por razon de su materia, fundado



en la condicion de su naturaleza y de sus utilidades: ni aunque se negase y prohibiese el uso de las monedas de oro, creería yo que hubiese hombre, aún de los que asienten á la opinion contraria, que arrojase doblon alguno. Como tambien si el Rey mandase que el doblon no tuviese más valor que de seis reales, todos guardarían los doblones por considerar que en sí tenían más alto y más crecido valor <sup>1</sup>.»

Por lo que hace al argumento que Mr. Laveleye aduce en virtud de una cita del jurisconsulto Paulo, á saber: que « los hombres eligieron una materia cuya estimacion pública y perpétua obviase las dificultades de las permutas, y á la que se admite como regla de los cambios, no tanto por su peculiar sustancia como por su cantidad, » nos será lícito observar que el ilustre romano no prescinde de la materia misma del numerario, y que es muy dudoso dejara de sorprenderse y mostrar extrañeza si le hubieran propuesto emplear como moneda billetes de Banco de curso forzoso, en los que parece no hallar desventaja ni riesgo Mr. Laveleye. Añadiríamos que en su natural sentido y alcance, la idea de Paulo carece de exactitud y que la materia tiene una importancia no menor que la cantidad. Si la primera fuese de muy escaso valor, sólo como promesa de un pago futuro, sólo por el crédito que merezca ó logre del comun sentir de los políticos y de la gente versada en los negocios un Gobierno ó sus representantes, se recibirán sus títulos de papel-moneda por cierto precio. Y no se eche en olvido que hasta aquí siempre han sufrido quebranto y descuento; siempre han causado quejas, pérdidas, entorpecimientos y agios sin término, semejantes vales ó recursos en tiempos difíciles; hace cerca de un siglo, en la rica é industriosa Inglaterra cuando se suspendió el pago de los billetes de su Banco; lo mismo ayer en Italia, á pesar del ingenio y habilidad de sus ministros de Hacienda. El principio del jurisconsulto romano que hace un momento citábamos, se opone al muy notable de la ciencia econó-

---

1 Crísis política, trat. IV, cap. III, pár. 2.º—D. Manuel Colmeiro. Historia de la econ. polít. en España. tomo II, pág. 481 y sig.



mica que hace depender el valor del numerario del coste de produccion. La razon es muy sencilla: los pueblos civilizados no han escogido caprichosa ó casualmente los metales preciosos para que se empleasen en fabricar la moneda; este hecho universal ó punto ménos, reconoce por causa que las dichas sustancias se distinguen por cualidades de tal linaje, que no pueden confundirse con otras y son las más á propósito para producir el agente general de los cambios. Ahora, si suponemos un estado de libertad y no de restricciones, el valor de la moneda se regulará por el de los metales con que se fabrica. Un kilógramo de oro ó de plata en forma de monedas, se cambiará exactamente contra un peso igual de oro ó plata en barras. Sin embargo, podremos admitir que valga más el numerario que los lingotes, por ser un artículo fabricado, como sucede con una pieza de lienzo, que vale más que el mismo peso de hilo, lo que acontecerá si el Gobierno no fabrica grátis la moneda <sup>1</sup>. Los metales nobles son un producto de las minas y placeres, y pertenecen á aquella clase de mercaderías cuya cantidad puede aumentarse con tal que se aumenten los gastos de produccion; su valor natural se proporciona en un periodo de tiempo largo, á lo que cuesta el extraerlos y ponerlos á disposicion de la industria metalúrgica, en las circunstancias ménos favorables, es decir, de la mina ménos rica que sea necesario explotar para obtener la cantidad que se requiere en el mercado. Una libra de oro en los países que lo producen, se cambiará, en último término, por una suma de mercancías que se haya producido con gastos iguales á la primera <sup>2</sup>. No creemos, por tanto, admisible como pretende Mr. Laveleye, que lo esencial es que el instrumento monetario conserve un valor duradero y que así sucederá si su cantidad se proporciona á las necesidades de la circulacion. Mr. Laveleye escribe que el papel-moneda solo puede estimarse inferior á la moneda metálica por dos motivos: uno, que no puede servir para pagar á los extranjeros, y otro, que

1 Stuart Mill. Princ. de econ. polít. Libro III, cap. IX.

2 Stuart Mill. Princ. de econ. polít. Libro III, cap. IX, pár. 2.º



el Estado puede acrecentarlo á su arbitrio, y que en general, ha de juzgarse cosa difícil que no haga más emisiones que las que requieren los mercados; semejante teoría es errónea hasta el extremo. Cuando trocamos mercancías por numerario de oro ó plata no somos deudores ni acreedores: hemos demandado ú ofrecido valores que corren parejas en su estimación: la moneda es una prenda, es una garantía que poseemos con su esencia metálica; si fuese menester, casi sin gastos nos sería dable fundir las piezas recibidas y servirnos de los lingotes como de los demás productos que tienen utilidad y valor. Si damos un billete de papel-moneda en cambio de una mercancía cualquiera, en rigor somos deudores del vendedor de la última, porque toda la autoridad del público poder no alcanza á hacernos recibir, por un precio equivalente del producto vendido, el vale impreso del Gobierno que oscila en el mercado al tenor de los sucesos políticos y de las esperanzas que inspire ese mismo Gobierno, en su buena causa y en su éxito. El papel-moneda, en resolución, aplaza el pago de una obligación del momento, haciendo el Estado que lo imprime la promesa de entregar tierras ó ganancias y parte en las empresas de una compañía mercantil ó colonial. Agréguese á lo expuesto que precisamente lo que nunca puede prometerse es que semejante clase de numerario tenga un valor duradero, que como hemos recordado más arriba es un requisito que exige de la moneda Mr. Laveleye; aún suponiendo el caso más favorable, aquel en que se mantenga el valor del papel en el límite del de las especies metálicas, lo que puede hacerse juzgando como signo y aviso el precio de los metales preciosos. Cuando los tenedores de papel-moneda no pueden pedir piezas de numerario para convertirlas en lingotes, y que no se hallan en la circulación, el precio de los lingotes se eleva ó descende como el de todas las demás mercancías; y si ocurre un alza con relación al precio que resultaría del título y del peso de la moneda metálica, el valor del papel-moneda se ha aminorado exactamente según la diferencia que resulte de este precio y de aquel que tendría el numerario efectivo. Si las emisiones del papel no convertible en especies de oro ó



de plata se sujetasen á la regla de una prudente restriccion, de limitarlas y áun recoger parte de las cédulas, en el momento en que el precio de los lingotes de aquellos metales fuese más alto que el precio indicado por el peso y el título de la moneda real y positiva á que ese papel alude y cuyo nombre lleva, su circulacion sería segura, y no se hallaría expuesta á los peligros y azares que han dejado tan tristes huellas en la historia. En esta hipótesis, y es lo más que puede concederse, siempre sería doble suponer valores ficticios en el mercado de los metales preciosos, para operar sobre el precio de los títulos emitidos por el Gobierno, y lo que es más grave, la generalidad del público no concedería jamás igual grado de confianza á un sistema de circulacion monetaria al nivel del precio de los metales preciosos, que al de billetes convertibles en dinero: éste es muy claro, y todos lo comprenden; nada más sencillo que hallar siempre las puertas abiertas de un Banco para cambiar un billete de 100 pesetas por 100 piezas de esta moneda; pero no es igualmente claro que circule sin riesgos un papel ó cédula que no se cambia y que no inspira temor, porque la suma del mismo hallará siempre infranqueable barrera en el equilibrio ó igualdad del precio que tuvieren los lingotes de oro ó de plata y las personas más instruidas dudarían probablemente de que la regla señalada se cumpliese siempre: la opinion se mostraría indulgente con su quebrantamiento, y para el mismo Gobierno suspender el pago de los billetes de Banco sería más grave que dejar de cumplir temporalmente una regla que siempre juzgaría algo teórica <sup>1</sup>. Si aumentamos sin necesidad la suma de las monedas circulantes hacemos gastos y sufrimos el quebranto de su valor, las piezas innecesarias ó sobrantes se funden, se guardan ó se exportan, y el orden se restablece: por eso será lícito afirmar que el empleo de los metales nobles como numenario tiene algo de fatal en los pueblos civilizados, y que por tratarse de unos bienes muy costosos y sujetos á leyes rigoro-

---

1 Stuart Mill. Lib. III, cap. XIII, par. 2.º



sas, no obedecen á los caprichos ó deseos de los ministros de una nacion y son los únicos que pueden emplearse para el fin indicado.

Mr. de Laveleye, siguiendo á Dana Horton, afirma que vemos en la historia el origen legal de la moneda; cree que el jefe de la asociacion, la ley, el tribunal, han designado los bienes en que deben satisfacerse las contribuciones, multas y compensacion para obtener la paz de la familia ofendida; asentimos á este parecer; pero, por una parte, nadie desconoce que las teorías económicas han sido ignoradas de los pueblos nacientes y antiguos, y, por otra, los anales históricos enseñan asimismo que la opinion y el juicio de los súbditos y vasallos han influido en los gobernantes, de modo que éstos no eligieron por capricho los objetos ó productos que para prestaciones ó para el *fredum* fué dable utilizar. El citado autor conviene en que habrán de tomarse de los escogidos para facilitar los cambios.

El escritor belga que nos ocupa deduce de las consideraciones apuntadas que no es necesariamente una mercancía la materia de que se fabrica la moneda, que es sobre todo un medio legal de hacer pagos, la comun medida del valor que establece la ley. En sentir de Mr. Laveleye, la moneda se diferencia de las demás riquezas, puesto que en primer lugar el valor de las demás mercancías se regula por la oferta combinada con la demanda de estas últimas, y no hay otro valor para los metales preciosos que el señalado por las casas de moneda, porque si cesase el uso de aquellos como numerario, perderían la mitad de su estimacion; quizá no conservarían la tercera parte. En Francia, la casa de moneda da 200 francos por un kilógramo de plata y 3.100 por uno de oro. Creemos que tampoco acierta Mr. de Laveleye al formular esta opinion. El uso como moneda de los metales nobles ha aumentado su utilidad y su valor; ha constituido una nueva demanda; los ha hecho más estimables; pero, aún prescindiendo de este empleo, ¿quién puede desconocer que siempre serían aplicables á ciertas necesidades de la vida? y para que diésemos crédito á lo que asegura el lustre autor citado, habría que partir del supuesto de que el



oro y la plata no podían usarse sino como primera materia del numerario. Los empleados de las fábricas en que se produce el último habrán de tener en cuenta el valor general de los metales preciosos, el que se deriva de que son también materia prima de las artes, para señalar el precio de un kilogramo. Además, como antes de ahora hemos indicado, el coste de producción de aquellos es el límite mínimo de su precio, y los particulares no llevarían lingotes á la casa de moneda si no se les indemnizase ó les diesen el equivalente de los gastos que les ha ocasionado la adquisición de esos metales nobles. No olvidemos tampoco que los dichos particulares tienen la facultad de fundir y transformar en lingotes las piezas de numerario, ó al revés, según aconsejaren las circunstancias, según las probabilidades de una ganancia mayor ó menor. Si el Gobierno quisiera resarcirse del coste de fabricación de la moneda y obtener un beneficio señalaría un precio menor al kilogramo de plata que el propio ó peculiar de un kilogramo de monedas del mismo metal, cubriendo la diferencia entre ambos exactamente la suma del gasto y del beneficio precisados. En este supuesto, si no hubiese en el mercado bastante moneda, los poseedores de lingotes tendrían interés en venderlos, porque la diferencia del precio del kilogramo de plata y de monedas sería probablemente superior á la ventaja que se prometía el Gobierno: por el contrario, si la suma de numerario arrojada á la plaza fuese suficiente los dueños de pastas carecerían del afán de enajenarlas y no las ofrecerían; y entonces sería preciso suspender la fabricación. Hasta pudiera llegar á suceder que el valor de los lingotes se alzase sobre el de la moneda, y ésta en tal caso sería fundida y exportada; y al ocurrir semejante hecho, el Gobierno debiera abstenerse de continuar fabricando sin elevar el precio por que compraba las pastas, toda vez que semejante medida no le serviría sino para entregar más moneda á los que tuvieren el intento de fundirla ó de extraerla del reino <sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Courcelle Seneuil. *Trat. teor. y práct. de econ. polít. Seg. part.*, lib. I, cap. XI, pár. 4.º



Para Mr. Laveleye, en segundo lugar, se distingue la moneda de los demás productos en que la demanda de los artículos destinados al consumo, se limita por la utilidad y provecho que pueden resultarnos de su aplicación á los menesteres de la vida: si suponemos que se duplica la cantidad del trigo producido, habrá un exceso y se disminuirá no poco el valor de la cosecha en virtud de una oferta excesiva, al paso que el metal que sirve para numerario jamás se ofrece en demasía: transformado en piezas de moneda, encuentra siempre quién lo acepte. De nuevo nos separamos de este parecer que no creemos fundado.

Diríase que el escritor á quien aludimos tenía sólo en cuenta que los metales preciosos, por sus cualidades propias ó peculiares y porque nunca es muy grande su abundancia, se estiman en gran manera ó se juzga como inherente á los mismos un valor siempre considerable. En esa afirmación se formula de nuevo la idea de Jenofonte: el oro y la plata son bienes muy apetecibles, ó sea de los más importantes. «Si el hierro y el cobre se hiciesen comunes — dice — hasta el punto de que los artefactos producidos con estas materias se vendiesen por un precio muy módico, quedarían los obreros completamente arruinados: sucede lo opuesto si se trata del numerario. Cuantas más minas se descubren y más se explotan, mayor número de ciudadanos se esfuerzan en ser sus poseedores <sup>1</sup>.» La originalidad de Mr. Laveleye consiste en reproducir opiniones antiguas defendiéndolas con argumentos tomados de la economía política moderna. Convenimos en que no falta quien quiera las monedas de oro y de plata; convenimos en que vemos en los metales preciosos la favorable condición de no abundar tanto que se envilezcan. Atendamos, sin embargo, á que su precio se computa y mide por las demás mercancías, y á que una moneda escasa ó abundante no proporcionará á sus poseedores la misma cantidad de fanegas de trigo. Si la moneda es una mercancía que señala el valor de las demás, todas ménos ella sirven para valuarla. Si para darnos una idea de una longitud

---

1 De las rentas del Ática. Cap. VII.



cualquiera se nos dice que es igual á veinte metros, tambien se nos indica lo que pueden ser veinte metros, añadiendo que una longitud determinada mide dicha extension, puesto que sólo nos queda dividirla en veinte partes iguales. No perdamos de vista que el oro y la plata satisfacen necesidades de un órden determinado y la que resulta del empleo de la moneda. ¿Cuál de los dos linajes de necesidad que mencionamos será más intenso? Parece á primera vista que el de moneda, porque se considera sobre todo en los metales preciosos su utilidad monetaria; pero no demos al olvido que el principio de su utilidad general y de su valor se encuentra en las cualidades que se advierten en el oro y en la plata como mercancías propias para diversos usos industriales. Si prescindimos por vía de abstraccion de esas condiciones peculiares, el sistema monetario pierde en cierto sentido su punto de apoyo, y las sustancias de que se compone no serán más que el objeto de una vana supersticion <sup>1</sup>.

*Siempre hay quien quiera la moneda;* ¿por ventura, no hay siempre quien quiera trigo, tejidos de algodón ó armas de acero? ¿Los hemos visto arrojar al Océano ó en nuestras calles y caminos? Si el numerario abunda una parte de las piezas acuñadas se guarda y esconde, como se apartan de la venta y se reservan las fanegas de trigo de una cosecha abundante que no requiere el consumo. Esos ejemplos que se citan de cántaras de vino arrojadas en tierra á fin de que sirvan las vaciadas vasijas para recoger el líquido de la nueva cosecha, son excepciones que nacen de un aislamiento causado por falta de vías de comunicacion y que nada prueban. En circunstancias dadas, las monedas de oro y de plata pueden ser inútiles ó estimarse como de muy poco valor. En los peligros y azares del viaje de una caravana, en las expediciones de los cazadores, cerca de los pieles-rojas, etc., suelen ocurrir tales casos.

Para M. Laveleye la suma de metales nobles que se produce todos los años no se puede aumentar, porque son pocos los filones que remuneran de un modo suficiente los trabajos del

---

1 Mr. Alfred Jourdan. *Cours analyt. d'écon. polit.* Pág. 465.



minero; de lo que resulta que en esta materia existe un monopolio natural, y sabido es que, habiendo monopolio la demanda determina los precios; y el Estado da origen á la del oro y de la plata y puede fijar aquéllos: la administracion pública señala los que han de pagarse por el tabaco que adquiere, y con mayor razon resuelve por qué valor se admitirán los metales preciosos. No cabe estimar que los poseedores de metales nobles tienen á su favor un monopolio natural de no profesar idéntico principio respecto á todos aquellos bienes ó productos que pueden multiplicarse indefinidamente, empleando cierta suma de trabajo y capital necesarios para que se creen, fabriquen ó trasformen. Se explotan minas de oro y plata en tan diversos lugares y por tan grande número de hombres, que de todas suertes no parece dable aplicar en el asunto las reglas comunes de los monopolios rigurosos, y en que algunos logran ganancias poco en armonía con los esfuerzos que hacen y los gastos ó impensas que anticipan; causa maravilla que Mr. de Laveleye nos hable en una y otra ocasion de que la demanda de los metales preciosos tiene su raíz y su única expresion en el Estado; ¡como si no hubiese artes y oficios que los han menester por ser sus primeras materias! ¡Como si no influyesen en su valor el deseo y los medios de adquirir joyas y muebles, armas y adornos en que figuran con tanto brillo! Para explotar una mina de plata, es suficiente que contenga 0,17 por 100 de metal fino. El oro es tan escaso, que no suele ser extraido por los procedimientos metalúrgicos comunes: hay que contentarse con recogerlo en aquellos parajes en que la misma naturaleza ha cuidado de su refinamiento ó de acrisolarlo. El límite extremo de la explotacion del oro se encuentra cerca de Joslar, en donde entre 5.200.000 de mineral, sólo se aprovecha 1 de oro<sup>1</sup>. Con lo que nos proponemos dar á entender que en el precio de las sustancias que nos ocupan, hay un punto de partida, una base, á saber: la remuneracion de las impensas, del coste ó costo que las labores mencionadas más arriba suponen,

---

1 Roscher. Princ. de econ. polít, pár. 120.



más el beneficio que los mineros se prometen y exigen para trabajar.

Ciertamente enseñan los principios elementales que la relación entre los dos metales oro y plata se deriva de causas muy diversas que la voluntad del legislador: según su abundancia, según las necesidades del comercio, de los viajes, de la emigración, según la naturaleza y número de los pagos y la extensión del crédito, así oscilarán en diversos sentidos el precio del oro en plata y el precio de la plata en oro. La ley no puede ser el reflejo de estas variaciones y de estos cambios, porque su inestabilidad no permite que merezca respeto y que se cumpla fielmente; porque más bien que una norma y que una regla, no sería en tal supuesto otra cosa que la simple declaración de los hechos ocurridos en el mercado monetario, y porque el Estado debe proceder en virtud de informes, dictámenes y datos que se reúnen tras largo período de tiempo y no se ajustan á la movilidad y rápida influencia de las causas que determinan la alteración y mudanzas en el valor relativo de los metales nobles. De aquí surgió una teoría que defendió Clavière en primer lugar, y después Say, Chevalier y Bonnet, y que aceptaron la Holanda, la Bélgica y la Nueva Granada; según ella, se toma por unidad monetaria una pieza de oro ó de plata y no se establece ningún cambio legal entre la última y las monedas de la materia que el poder público no acepta para base del sistema monetario; de esta suerte se designa como unidad numérica el florin, el franco ó el peso de 25 gramos á la ley de 900/1.000; después se fabrican monedas de oro de un peso y de un título definidos, dejando al comercio que señale el cambio de esas piezas con el numerario de plata. Puede ocurrir que la piedra angular del régimen monetario sea el oro, y las monedas de plata que se acuñan libremente tengan un valor determinado por el público inteligente. Así Holanda va á presentar á los públicos debates un proyecto de ley que se encamina á no fabricar otro numerario que el de oro, y la Bélgica, disgustada de los efectos producidos por la preferencia á este metal noble en las transacciones más importantes, inició la convención monetaria



de 23 de Diciembre de 1865. El *sistema monetario del tipo único* de que vamos hablando, es sencillo y con él se consigue que no exista contradicción ó divergencia entre la relación legal y el valor respectivo del oro y de la plata en el mercado, por cuya causa la ley no se cumple y los pagos se verifican con la moneda cuya esencia metálica es ménos cara ó vale ménos que la que tiene más alta estimación que la fijada en el precepto legislativo; pero en cambio el valor del numerario varía cuando sufre cambios el de un solo metal, y las oscilaciones son más fuertes que si rige el *sistema del doble tipo*, y la falta de un cambio legal da margen á abusos graves en las transacciones particulares. Los que conocen el curso real y verdadero del cambio de uno y otro de los metales preciosos pueden abusar de la ignorancia de las personas ajenas á los asuntos mercantiles, abusos de más entidad tratándose de la moneda que de las demás mercancías <sup>1</sup>. En la adopción del tipo único, el oro ó la plata en forma de numerario tienen curso forzoso: poder de librarnos de las deudas; y el producto no elegido carece de esta facultad, puesto que los particulares no lo admiten sino en la medida del precio relativo que tuviere en las piezas que acuña el Estado, á juicio de los peritos. Lo cual no sucede en el sistema inglés, que no se ajusta á la teoría de los ilustres autores que ántes hemos citado. Pertenece á los que caracteriza el tipo único, pero establece la relación de las piezas de ambos metales nobles; la moneda de oro tiene solamente en las Islas Británicas curso obligatorio ilimitado, y está representada por dos piezas *el soberano y el medio soberano*; el primero pesa 7 gramos, 988 de oro á  $\frac{11}{12}$  de metal puro, ó sean 7 gramos, 322 miligramos de oro fino; la plata solo sirve para pagar las fracciones ó picos; con ella se fabrica una moneda convencional, no disminuyendo su título que es de  $\frac{935}{1.000}$ , sino en virtud de una reducción de su peso: nótese que la Gran Bretaña preceptúa el número de monedas de plata que se han de admitir en los pagos, y atribuye á la última mayor estimación que la verda-

1 Courcelle Seneuil. *Trat. teor. y práct. de econ. polít.* t. II, pág. 346



dera. Es una ficción legal muy distinta de la que se contiene en el sistema francés, pero que en suma se separa también de la realidad.

Hace muy poco tiempo, en una obra muy notable de economía política Mr. Alfredo Jourdan defendió el bimetalismo y á los autores de la ley de 7 germinal del año XI. Si no hubiesen admitido los dos metales, hubieran resultado perturbaciones más graves que las producidas por la ruptura momentánea del equilibrio. Si sólo el oro hubiese servido para la moneda, cuando la masa de este metal se cuadruplicó se habrían quebrantado todas las relaciones, alzado todos los precios, y los acredores habrían sufrido un verdadero despojo, disolviéndose las obligaciones contraídas en una fecha anterior por el pago hecho con un numerario de ménos valor. Y si no hubiese habido más que moneda de plata el *stock* metálico hubiera sido insuficiente por el aumento considerable de las transacciones mercantiles, los precios habrían descendido, y los deudores sufrieran las consecuencias de más penosos gravámenes, puesto que se les habría exigido la misma suma de piezas de plata, por más que se hubiese aumentado el valor de este metal, y que hubiera sido menester dar en cambio más mercancías para el logro y posesión de una cantidad de numerario igual á la del período que precedió al alza de la materia prima de que se habría formado. Por el contrario, pudiéndose hacer los pagos en cualquiera de los dos metales, el descenso del precio de uno de ellos es causa de una nueva demanda, y por este motivo se sostienen más los valores <sup>1</sup>. Los autores dudan si debe elegirse como tipo del numerario el oro ó la plata, y no hay acuerdo en punto á la suma de oro convertido en moneda, sobre la cantidad que requieren los empleos industriales; sobre la parte que se pierde por el roce ó desgaste y por accidentes ó casos fortuitos, y en punto á la porción que han menester los pueblos atrasados ó poco cultos, cuyos progresos suponen ma-

---

1 Mr. Alfred Jourdan *Cours analytique d'écon. polit.*, 1882. Página 495.



por empleo de la moneda metálica. Si los economistas afirman que una suma menor de numerario basta para las transacciones, porque importa poco que se dé y se reciba algo más ó algo ménos de dinero en los cambios, convengamos en que es preciso trascurra tiempo para que estas nociones científicas lleguen á ser comunes entre la generalidad de las personas que compran y venden, y hoy la baja de los precios daría origen á una larga y dolorosa crisis <sup>1</sup>. De esta manera resume sus opiniones en la materia Mr. Jourdan.

Este catedrático de la facultad de Derecho de Aix juzga con mucho acierto que la cuestion que en estos momentos nos preocupa no es la del monometalismo y del bimetalismo, tanto más cuanto que la Union latina que representa el segundo, ha suspendido la fabricacion de monedas de plata. Hay un tercero en discordia que se declara adversario del tipo único, que enarbola resueltamente la bandera que tiene por lema la acuñacion ilimitada del oro y de la plata, con la relacion de 1 á 15  $\frac{1}{2}$ , pero confiesa que el plan no es realizable sin un convenio entre todas las naciones que admitan este sistema. Tal es el programa del *bimetalismo internacional*, ó, como se dice algunas veces, del *quince y medio por ciento universal*. Esta doctrina cuenta como defensores ilustres á MM. Cernuschi y Laveleye. En su programa conviene distinguir tres cosas: el fin, los medios y los argumentos de que se sirven.

El fin merece aplauso, puesto que se trata del consentimiento de todos los Estados, y en particular de Inglaterra y de Alemania, para que tenga fuerza universal la union monetaria latina. Si en todas partes se acuñase la plata sin limitacion, desaparecería la causa particular de la baja en el valor de esta materia prima, y no hallaríamos diferencia entre el mercantil y el monetario; mas los que no admiten el bimetalismo, observan que en tal supuesto la plata circularía por 15  $\frac{1}{2}$  su peso en relacion á las piezas de esta sustancia, como prescribe la ley de 7 de germinal del año XI. Pero ¿qué sucedería por úl-

1 Mr. Jourdan. Obra citada. Págs. 496-497.



timo? Por ventura el primero de aquellos metales ¿recobraría en virtud de un pacto internacional la parte de precio que pierde en las transacciones? De ningún modo; el oro experimentaría el descenso de valor que correspondiese á la plata. Sin embargo, el nuevo problema sería ménos árduo que el antiguo.

Por lo que hace á los medios, estos se reducen á las conferencias internacionales, y acerca de su eficacia las opiniones varían: unos creen que es una ilusion imaginar que, siendo opuestos los intereses de las grandes potencias, mirando cada una al fin de que cobre vuelo y adquiera desarrollo su comercio, y obedeciendo quizá al móvil de que una moneda internacional pudiera dar más vigor y fuerza á pueblos determinados, la concordia sea posible, y aún dando por supuesto que se llegase á formular y suscribir un pacto, éste carecería de la virtud necesaria para evitar la baja en el precio de uno de los dos metales nobles y la mayor estimacion del otro. La preferencia concedida al oro fuera causa bastante para que un gran capital de piezas de plata no se emplease en las transacciones, y quedára ocioso, gozando el comercio de la facultad de escoger para sus pagos la moneda que más le conviniere, sin que en nuestros tiempos pueda oponerse ley alguna á ese libre movimiento, al desembarazado curso de los cambios; otros no estiman el propósito y el plan de esas conferencias tan vanos é irrealizables. Si paramos mientes en los hechos que se suceden en Europa, nos llamará la atencion que se reunan y celebren tantos é importantes congresos científicos, que prueban hasta qué punto sienten los hombres la necesidad de ponerse de acuerdo para llevar á la realidad las teorías, las abstracciones, los grandes y memorables triunfos de la ciencia, y si se esperan grandes resultados en lo que atañe al sistema métrico-decimal, ¿qué es la moneda más que una medida universal de los valores? En el órden político, las conferencias diplomáticas significan un progreso no menor, puesto que de ellas ha surgido una memorable resolucioen en un asunto muy grave que interesaba de un modo extraordinario á Inglaterra y á los Estados-Unidos, y en fecha más reciente han detenido á Rusia



en medio de su marcha victoriosa en la Turquía europea, obligándola á suscribir el tratado de Berlin. No nos arredren ni atemorizen las dificultades y obstáculos que siempre se oponen al éxito de las grandes empresas, en una centuria en que tantos y de tanta magnitud se han vencido en una y otra ocasion. No se hable de ensueños sólo propios del libro y de la cátedra; sueños eran ayer la apertura del Istmo de Suez, á que se oponía Inglaterra; el túnel del Mont-Cenis, que disgustaba al Gobierno italiano; el régimen parlamentario en Turquía, el país del despotismo secular, fundado en un código religioso y político que los musulmanes veneran y obedecen y el canal interoceánico de Panamá, que apenas hace un mes, y suscritas las acciones que representan 600 millones de francos anunciaba en una carta leída sin sorpresa, Mr. de Lesseps, que se llevaría á feliz término sin dilación y sin estorbos. Las conferencias monetarias ofrecen un interés grandísimo para el economista, porque son el único camino para acercarnos á un sistema monetario universal; no se conseguirá su adopción en un plazo breve, ni nadie puede creer en semejante cosa; pero ¿quién duda que hay no pequeña diferencia en el estado de este proyecto y de esta por todo extremo trascendental y admirable reforma, ántes y despues de la *Union latina* de 23 de Diciembre de 1865? La misma empresa, que parecía ajena á toda realidad, toma cuerpo, se reviste de color, recibe vida imperfecta y limitada, pero vida al fin, en ese año que no puede olvidarse en la historia de la economía política. Un convenio acercándonos más ó menos al sistema inglés, sería mucho más realizable, sin duda, partiendo de la base del tipo de oro, por más que siempre queden en pié dos divergencias, una que nace de que la libra esterlina no se ajusta al sistema decimal, y la otra concierne y se refiere al valor atribuido á la plata, que es puramente arbitrario. En un período de grande cultura, en medio de múltiples relaciones mercantiles que necesita la industria europea, porque las cuestiones económicas son tambien cuestiones políticas y sociales, y en la ocasion solemne en que el derecho público de los pueblos europeos tiene muchos puntos de con-



tacto y admite principios idénticos en cierto orden, se concibe sin penoso esfuerzo que se haya llegado á una más perfecta inteligencia en asuntos fabriles y comerciales que en aquellos otros en que la tradicion, las instituciones seculares, las costumbres y en cierto sentido el espíritu nacional, originan resistencias justificables que aparecen como potentes rémoras para procurar el logro de fines comunes. Una vez que han comenzado las conferencias monetarias, esperemos que continúen y que nuevos adelantos les den mayor eficacia y más atractivo para los Gobiernos de Europa, y preparemos las cosas para una futura conciliacion más amplia y de resultados más provechosos.

Si hacemos referencia á los argumentos empleados por MM. Cernuschi y Laveleye convendremos con Mr. Jourdan, en que es lamentable que los promovedores del bimetalismo internacional hayan estimado conveniente hacer una declaracion de principios inútil ó peligrosa, sobre la naturaleza de la moneda que tiende á establecer *que el Estado puede hacer lo que quiera* en punto al numerario <sup>1</sup>.

El problema exige una solucion; el mal existe que no es de poca monta ciertamente la pérdida que supone la falta de empleo como moneda de una gran suma de plata, la desigualdad del instrumento de los cambios que usan las diversas naciones, y el estado poco lisonjero que vemos bajo este aspecto en dos pueblos tan mercantiles como Francia y los Estados-Unidos, además de los perjuicios y de las circunstancias adversas que señala Mr. de Laveleye en la Memoria de que hemos dado cuenta á la Academia, y que no hemos de repetir. El Banco de Francia tenía en 10 del mes actual en su caja, metálico 1.973.585.925 francos, gran parte en plata. Refiérese que halla dificultades graves en dar salida á las piezas de este metal noble, y si en cada semana notamos una disminucion de su metálico en caja, el 3 de Noviembre de 7.890.687 francos con relacion al 27 de Octubre, y en 10 de Noviembre de 2.403.990 con relacion al 3

---

<sup>1</sup> Curso analít. de econ. polít., págs. 498-499.



de dicho mes, siempre resulta un stock considerable, en porcion no pequeña improductivo. Los diarios ingleses han escrito que el secretario de la Tesorería de Washington presentara un proyecto de ley para que se suspenda la acuñacion de la plata, y pretenden que se justifica esta medida, porque hoy se ve que el numerario fabricado con esa materia prima, se estanca en las arcas del Tesoro, sin que sea posible colocarlo en el mercado. Dicho se está que estos son males indudables, á que es preciso poner remedio.

¿Qué haremos? ¿Qué medios pueden elegirse? Algun autor reciente observa que las conferencias no han producido resultado y que no se han modificado las leyes de la Union latina, y por tanto no hay más que tres caminos que pueden seguirse: 1.º, el monometalismo del oro más ó ménos templado por la admision de una moneda de plata que debería aceptarse en los pagos, dentro de ciertos límites: 2.º, persistir en el sistema actual, que consiste, en suma, en hacer que corresponda la produccion de la mercancía-moneda á las necesidades del cambio, por medio de una limitacion que puede llegar hasta una suspension verdadera; y 3.º, revisar la relacion legal entre el oro y la plata para hacer que se modele y regule por los precios corrientes del mercado <sup>1</sup>.

Hoy no es dable pensar en el doble tipo, si queremos que se paguen las deudas y las mercancías, lo mismo en piezas de oro que de plata; el primero ha descendido de un modo notable en su valor: segun Mr. Newmarch, la produccion de este metal, de 1861 á 1865, fué de 206.058 y de 1871 á 1875, 170.675, ó sea una minoracion de 16 por 100; en un período más largo se han acuñado en la casa de moneda de Lóndres, de 1856 á 1865, 52.788.000 libras esterlinas, y de 1866 á 1875, 47.278.000, ó sea una bája de 10 por 100 si: continúa este descenso, ¿bastará la moneda áurea para las transacciones si hubiese guerras próximas ó grandes contracciones de crédito? ¿No sería sumamente grave que careciésemos de la primera materia del

---

1 Curso analít. de econ. polít. 1882. Págs. 419-500.



numerario? ¿Y no es de temer que esta moderna preferencia á uno de los metales nobles cese y se trueque en muy distinta conducta despues que trascurra un lapso de tiempo más ó ménos largo? Se objetará que semejante suposicion no se apoya en dato alguno concreto. En esta materia es preciso caminar con tiento. Chevalier escribió hace 33 ó 34 años uno y otro artículo, en la *Revista de ambos mundos*, para estudiar las medidas que debían tomarse en la prevision del descenso del valor del oro, y en mucha parte se engañó aquel sabio é ilustre autor que consagró todo un volúmen de su célebre *Curso de economía política* al exámen de la moneda, y del que ha escrito su discípulo Baudrillart, que podía afirmarse *que la materia estaba agotada, por decirlo así*. Resulta, pues, que no es fácil hacer profecías, porque los cálculos no pueden ser completos y las causas son muy complejas. Imaginad que la produccion crezca en gran manera, que los pueblos bárbaros comercien en vasta escala con los europeos, que la poblacion de parte del África, de la Australia y de la América del Sur se multiplique rápidamente en virtud de los grandes y poderosos recursos de siempre, el trabajo y el cambio: los metales preciosos se requieren más á medida que se producen más, y las transacciones se multiplican, y en ese supuesto serían necesarias mayores sumas de oro y de plata para las artes y para fabricar la moneda. El valor de la segunda se alzaría, si sigue disminuyendo la produccion del primero.

Nosotros entendemos que el sistema del doble tipo es preferible en la práctica. Sus fundamentos históricos, la combinacion que supone, el equilibrio que generalmente tiende á mantener y el vivo deseo de evitar los males que surgen de que un gran capital de plata quede estancado é inútil, nos lo persuaden. El sistema del tipo único, del oro como regulador de la circulacion no es el *desideratum* de la ciencia, puesto que, como hemos dicho ántes de ahora, éste consiste en elegir uno de los metales nobles para fabricar la moneda y dejar que el comercio fije y establezca la relacion entre las piezas acuñadas de ambos metales; como esto hoy no puede plantearse, porque



es preciso por la ignorancia del mayor número de personas que haya unidad y reglas establecidas de antemano, á fin de que no resulten dudas, embarazos, ni fraudes en el uso de las piezas de numerario, nos vemos obligados á fiar á la resolución del Gobierno este asunto delicado. De los tres caminos que pueden seguirse según el parecer de Mr. Jourdan, preferimos el último, esto es, modificar la relación legal del oro y la plata establecida en Francia por la prescripción del 7 de germal del año XI, ajustándola á los precios corrientes del mercado.

El fundamento de esta elección no es difícil de explicar. Si quiera escritores de grande autoridad y merecida fama hayan probado que el tipo ó módulo de oro parece mejor que el de plata, por un gran número de razones, muchas de las cuales hemos enumerado en este humilde escrito al hacer el resumen de la Memoria de Mr. Bonnet que se titula *La nueva conferencia monetaria*, con que lo iniciamos, por ahora no debe esperarse que la Unión latina ni los Estados-Unidos renuncien á tener la plata como base del sistema monetario y convengan en ceder su iniciativa y renunciar á sus leyes, para aceptar el régimen peculiar de Inglaterra ó de Alemania. Si lo hicieran, la pérdida del descenso del valor de la plata se consumiría por completo, toda vez que la última sólo se usaría para el ajuste de cuentas, los picos ó fracciones en el pago de las transacciones, etc. Se lograría sólo una ventaja ó beneficio en el comercio exterior: la de evitar lo que hoy sucede; el comerciante francés compra en Inglaterra, y paga en oro; el comerciante inglés compra en Francia, y paga en plata; es decir, con un metal que vale 10, 12, 13 por 100 menos<sup>1</sup>. Pero esto no basta ante el interés que representa la masa de valores que poseen en dicha sustancia ó materia los pueblos citados. No tengamos reparo en considerar como bimetalista á la Confederación anglo-americana. A la acusación que se le ha dirigido de que buscaba en el bimetalismo universal un medio de desembarazarse de la plata que producen sus minas, y que era monometalista en la práctica por

---

1 Mr. Ives Guyot. *La science économique*, 1881. Pág. 130.



más que apareciese en la ley afecta al opuesto procedimiento, Mr. Dana-Horton ha respondido que los Estados-Unidos son lo mismo que proclaman, y se atienen á su legislacion; y que si han limitado la fabricacion del numerario en plata, si en esto parece haber un monometalismo práctico, dependen tales hechos de que no quieren crear en su propia tierra una demanda de plata que sería favorable al sistema del tipo único de oro en Europa. De suerte y manera que estimamos cosa muy difícil que se consiguiese una avenencia, tomando por base el regulador del último metal, como hace Inglaterra.

Empero no sirva esta consideracion para que nos proponga. mos mantener á todo trance la relacion entre las dos clases de moneda que determina la ley francesa de 1803. El legislador ha tomado ese precio del oro en plata y de la plata en oro, de los hechos, de la realidad, y es justo y razonable que lo altere y modifique, si los cambios que ocurren en el valor así lo aconsejan. No se me oculta que no es dable prometer que el poder legislativo siga paso á paso las variaciones del mercado: no cabe que la ley tenga tanta flexibilidad, porque sus autores proceden en virtud de informaciones, de compulsas de datos, quizá de detenida meditacion ó de no breve controversia, y no es posible renovar tales cuidados y tales trabajos á cada momento. Mas entre una promesa de este género y una separacion tan grande de los hechos que ocurren, hay una diferencia de no leve importancia. Basta recordar algunos datos estadísticos de la relacion ántes mencionada entre los dos metales nobles durante este siglo, para convencerse de la imposibilidad de que la legislacion permanezca estacionada: en el periodo de 1801-1810, era de 15,61; en el de 1811-1820, de 15,51; en el de 1821-1830, de 15,80; en el de 1831-1840, de 15,75; en el de 1841-1850, de 15,83; en el de 1851-1860, de 15,86; en el de 1861-1870, de 15,48; en el de 1871-1875, de 15,98; en el de 1875-1880, de 17,85 ó de 17,65<sup>1</sup>. No ha dejado de haber, por tanto, oscilaciones conti-

---

1 Dr. Soetbeer. Produccion de los metales preciosos y valor relativo del oro y de la plata. 1879.

nuas más ó ménos fuertes. Si volviésemos las espaldas á estas indicaciones de la estadística, á estas demostraciones elocuentes de los fenómenos que la ciencia sabe han de ocurrir y por qué causas, tendríamos sobre nuestra cabeza la suspendida amenaza de nuevos y repetidos triunfos, de nuevas y respetables adhesiones á la causa del tipo único de oro. — MELCHOR SALVÁ.

20 de Noviembre de 1884.



**RESUMEN** de la discusion promovida en la Academia con motivo de la Memoria precedente.

El **Sr. Cos-Gayon** hizo algunas observaciones sobre el informe leído por el Sr. Salvá acerca de la *Nueva conferencia monetaria*. — *El Bimetalismo internacional*.

En su opinion, el artículo de Mr. Bonnet tiene por principal fundamento el mismo error cometido por el Gobierno francés en la conferencia monetaria internacional de 1881. En aquella ocasion la Francia, preocupada con la enorme abundancia de plata en la reserva de su Banco nacional, prestó demasiada atencion á los consejos interesados de los Estados-Unidos, que buscaban salida á la excesiva produccion que en su territorio tenía ese metal. Ya no era la primera vez que la Francia obraba con alguna ligereza al adoptar los planes que por interés propio le proponian otros paises. A la famosa Convencion de Diciembre de 1865 fué impulsada por la Bélgica, asociándose con esta, con Suiza y con Italia, para promover una reforma universal de las leyes monetarias. Conoció pronto que se había equivocado aliándose con un país tan pobre como los cantones helvéticos, con otro que no tenía en circulacion moneda acuñada nacional, en cuyo caso estaba la Bélgica, poseedora sólo á la sazón de monedas francesas, y con otro embrollado con las dificultades del papel-moneda, de que la Italia no ha conseguido desembarazarse hasta 1883. Un poco tarde comprendió la Francia que para dar carácter universal, ó siquiera una eficacia extraordinaria á reformas monetarias, debía negociar con la Inglaterra y así lo hizo, sin ningun éxito. Los ingleses están contentos con su patron único de oro, adoptado desde 1816, y con su libra esterlina, y no acceden á ninguna innovacion. Cuando los franceses les propusieron que rebajasen en una pe-

queña cantidad la libra esterlina, á fin de que correspondiera exactamente en peso á la pieza de 25 francos que podria ser creada, los ingleses les contestaron que más fácil y natural parecia aumentar un poco la moneda francesa proyectada y no acuñada todavía, que rebajar la inglesa existente. Las cosas quedaron así, y la Francia se contentó con cumplir sus compromisos contraidos en la Convencion de 1865, limitándolos y restringiéndolos, y no admitiendo ya adhesion de ninguna otra potencia.

En 1881, la conferencia internacional de París fué efecto de un pensamiento atrevido de los Estados-Unidos que buscaban mercados para su produccion de plata, muy superior á las necesidades de todas las casas de moneda del mundo. Para evitar la depreciacion creciente del metal, no sólo pidieron que se efectuase una reaccion en el movimiento favorable al monometalismo, sino que solicitaron medidas jamás adoptadas, tales como la de mandar á los Bancos que admitiesen las barras de plata por el valor legal que les correspondería estando acuñadas. Un proyecto de esta naturaleza no podía prosperar ni siquiera ser tomado en consideracion, sino por acuerdo unánime de todos los paises del mundo, pues mientras algunos pudiesen adquirir y vender á bajo precio la plata, los demás no podían comprometerse á pagarla cara. Era, especialmente, muy necesario el concurso de Inglaterra, el más importante y casi único mercado de ese metal, pues si en Lóndres se seguía vendiendo al rededor de 190 pesetas el kilógramo de plata, era imposible que ningun Gobierno contrajese la obligacion de pagar á 222 toda la que se le presentase. Y como Inglaterra desde el primer instante declaró su resolucion de no acceder á los proyectos sometidos á la conferencia de París, ésta era incapaz de producir resultado alguno, y en efecto tuvo que aplazarse para Abril de 1882, época en la que nadie ha pensado en convocarla de nuevo.

**El Sr. Figuerola** mostró su conformidad de ideas con el Sr. Cos-Gayon, aduciendo argumentos en favor de un sólo tipo monetario. Ciertamente, segun los tiempos, ha abundado más



la extraccion de plata, y en otros la del oro, influyendo esta circunstancia en su aplicacion al servicio monetario, y adoptado un metal, cuando ha escaseado éste por diversas causas económicas, se ha admitido el otro y forzosamente ha debido establecerse relacion entre ambos y valuarse segun la existencia de la masa metálica en circulacion; pero la valuacion misma ha sido voluntaria ántes que oficial, y un ejemplo tenemos de reciente fecha en la Isla de Cuba. Hace muy pocos años, ántes de la guerra que la ha agitado, el oro escaseaba y por una onza española se daban 17 duros de plata; de tal suerte, que un deudor de la Península se liberaba en Cuba de una deuda de 17.000 duros con una talega de onzas de oro. Así, pues, la cuestion del monometalismo y bimetalismo se resuelve entre las naciones, segun el mayor ó menor coste para liberarse los deudores por uno ú otro metal; pero imponer los Gobiernos una relacion fija entre el oro y la plata, á razon de 15 y  $\frac{1}{2}$ , cuando está ya de 1 á 18, no produciría otro efecto en los tiempos actuales, sino la reproduccion de la moneda imaginaria que en los siglos medios sirvió de correctivo á los abusos que todos los Gobiernos cometian, por la idea equivocada del señoreaje para batirla, y en muchos casos, disminuyendo su peso y ley, la falsificaban como único medio de procurarse recursos. Crearon entonces los comerciantes de cada país un tipo refiriéndolo á un lingote de metal fino y peso cierto al que comparaban todas las monedas existentes en circulacion, y apareció la *moneda-banco* y la *moneda foribanco*. Lo mismo acontecería ahora aunque la causa fuese diversa, porque no es fácil imponer la obligacion de aceptar por mayor valor el metal noble que haya perdido gran parte de él.

Adujo en apoyo de su opinion otros argumentos y ejemplos para indicar la tendencia que explica el hecho por que prevalece el oro como unidad monetaria, reduciéndose la plata á moneda de fraccion para los pequeños cambios manuales. Citó la perfeccion monetaria española que precedió á los demás pueblos acuñando la onza de oro cuando la circulacion fiduciaria apenas existía, mientras que ahora es tal su difusion é importancia que



para las grandes transacciones, no ya la plata, sino el oro mismo, se hace engorroso y de difícil transporte, dando Londres el ejemplo de liquidar semanalmente en la *Clearing-house* de 80 á 100 millones de libras esterlinas, en el espacio de una hora, cuarenta banqueros que liquidan entre si los créditos y deudas de sus clientes, saldándose la operacion final con un billete de cinco libras ó una libra esterlina en metálico; liquidación que aun haciéndose sólo con billetes de banco entre acreedores y deudores directos, sin el intermedio de sus banqueros, exigiría, no ya muchas horas, sino días, y una masa de billetes cuyo recuento fuera dificultoso.

El **Sr. Marqués de Molins** refirió la manera de verificar los pagos en Inglaterra y la brevedad con que el Banco renueva las emisiones de billetes, demostrando que esto dificulta las falsificaciones y facilita el descubrimiento de las que se cometen, citando á este propósito un hecho que lo comprueba.

El **Sr. Colmeiro** observó al Sr. Figuerola, á propósito de una idea enunciada por este Sr. Académico, acerca del inconstante valor de la moneda, si podrían los economistas aceptar en lo sucesivo el trigo como medida aproximada de los valores y término de comparacion de los mismos para determinar el precio corriente de todas las mercaderías en distintos y lejanos tiempos y lugares, en presencia de la revolucion que habrá de experimentar la agricultura, mediante la aplicacion de la maquinaria á las labores del campo, porque generalizados los arados de vapor, las segadoras, trilladoras, aventadoras mecánicas y otros aparatos semejantes que abrevian y economizan el trabajo del hombre, forzosamente habrán de disminuir el coste de la produccion, y de consiguiente el precio del trigo en el mercado general de las naciones.

El **Sr. Figuerola**, contestando á la excitacion del Sr. Colmeiro, manifestó que no se atrevía á asegurar en lo porvenir lo que es patente para lo pasado, por la influencia que en la produccion de cereales tiene la nueva maquinaria agrícola; pero este factor nuevo que entra en el problema, se compensa con el



aumento de poblacion que la mayor produccion de cereales ha de acarrear; de modo que las facilidades de la maquinaria es probable queden compensadas por el mayor número de consumidores que hace posible.

El **Sr. Salvá** dijo que se había propuesto informar á la Academia de dos escritos; uno de Mr. Bonnet y otro de Mr. Laveleye sobre la última conferencia monetaria de París en 1881, ambos muy notables, en los que se mostraba el primero monometalista y bimetalista el segundo, comprendidos los dos en las actas de las sesiones y trabajos de la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París que tenía encargo de examinar. Que aunque á primera vista pudiera juzgarse inoportuno hablar de una reunion que quedó aplazada para el 12 de Abril de 1882 y no se verificó en esta fecha, no debía olvidarse que en Francia regía la ley de 1807. que establecía el doble tipo y la relacion legal del oro y la plata como 1 es á 15  $\frac{1}{2}$  y existía un importante capital de plata acuñada, cuyo valor sufriría grande baja ó merma, si se empleaba el oro como casi único instrumento de los cambios, por cuyo motivo los economistas proponían diversos remedios á fin de evitar el conflicto de los cuales tenía el propósito de dar asimismo cuenta á la Corporacion.

El **Sr. Cos-Gayon** manifestó que, estando conformes sus ideas con las del Sr. Figuerola, nada tenía que alegar en contra de lo dicho por éste; pero que no creía inoportuno añadir algunas breves observaciones. Es indudable que por el maravilloso desarrollo de su crédito fiduciario, Inglaterra es el país que tiene ménos necesidad de plata acuñada; pero al lado de este hecho existe otro que no tiene menos importancia, que no es posible olvidar cuando se trata de estas materias, y que podría explicarse con la frase diametralmente contraria, ó sea con la afirmacion de que Inglaterra es el país que mayor cantidad de plata acuñada necesita. En Lóndres y en las grandes ciudades comerciales é industriales de las islas británicas, el papel representante del crédito, suple con ventaja á la moneda metálica; pero en cambio el saldo del mayor comercio que hay y



hubo jamás en el mundo, que es el comercio actual de los ingleses y de los demás pueblos europeos con el Asia, exige anualmente la remision á la India y á la China de centenares de millones en plata amonedada.

En cuanto á la cuestion pendiente entre los defensores del bimetalismo y los del monometalismo, el mismo señor expuso su creencia de que no tiene la gravedad ni amenaza con los peligros que los primeros suponen. En realidad, el bimetalismo, que es insostenible en teoría, no ha subsistido ni puede subsistir en la práctica sino dentro de ciertos límites. El Estado que lo proclame se obliga á admitir en sus casas de moneda cuantas cantidades de ambos metales preciosos se le presenten, lo cual es absolutamente imposible desde que la produccion excede mucho de la potencia y capacidad de las casas de moneda, como desde hace algunos años sucede. Por eso la pretension de los Estados-Unidos en la conferencia internacional de 1881, tenía por objeto aumentar esa potencia ó capacidad de los Estados para el consumo de la plata, por medio de la providencia de que los Bancos de emision tuvieran sus reservas constituidas con barras; pero este remedio no habria sido más que transitorio y limitado. En España cedió el puesto el bimetalismo al monometalismo cuando la ley de presupuestos de 1876-77 declaró que la plata se acuñaria en adelante por cuenta del Estado. Desde entonces, ni en la Casa de Moneda de Madrid ni en el mercado, ha tenido ese metal más precio que el que le corresponde segun la ley general de la oferta y la demanda, y por esta importante reforma no se ha producido conflicto alguno. El Banco de España y los negociantes particulares han dejado de realizar las grandes ganancias que sin la adopcion de aquella medida hubiesen realizado; el Tesoro público ha obtenido la ventaja consiguiente; pero á estos resultados, sin duda alguna importantes, han quedado reducidos los efectos del cambio verificado, sin que se hayan notado riesgos de cataclismos económicos.















española

43